

PRESENCIA Y LUZ

PRESENCIA Y LUZ

Homilías en templo ortodoxo

Archimandrita Ignacio Samaán

Presentación:
Arzobispo Siluan Muci (Argentina)



México 2009

Cubierta diseñada por Fulgencio Bonilla.
Autor: Archimandrita Ignacio Samaán
Presentación: Arzobispo Siluan Muci

ISBN: **978-607-00-1127-6**
© Iglesia Ortodoxa Antioquena en México
www.iglesiaortodoxa.org.mx
ortodoxia@prodigy.net.mx

Impreso en México D.F.
Primera edición: 2009

... a la fuente de mi inspiración pastoral

... al modelo de la lucha práctica

... a nuestro Padre y Arzobispo

Mons. Antonio Chedraoui

PRESENTACIÓN

El contexto eucarístico de la interpretación de la Palabra

«Vayan y hagan discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que Yo les he mandado.» (Mt 28:19-20).

No hay mejor introducción para situar las homilías que forman este libro, *Presencia y Luz*, en su contexto eclesial en donde nacieron, que la última palabra del Señor a sus discípulos conforme al Evangelio según san Mateo: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que Yo les he mandado. Y he aquí que Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28:18-20).

Y no hay mejor oportunidad para interpretar la palabra de Dios que en aquella celebración eucarística, la Última Cena, conmemoración que el Señor ha dejado como mandamiento para que los cristianos celebren. ¿Acaso no es así que Él está siempre presente con nosotros, y *hasta el fin del mundo*? Por ello, nosotros consideramos que la Divina Liturgia es, por excelencia, el lugar adecuado para interpretar esta Palabra, precisamente cuando el pueblo de Dios está reunido

alrededor del banquete del Reino de los cielos, hecho constitutivo de la Iglesia como cuerpo de Cristo.

Si la regeneración en la pila bautismal forma el acto de introducción en la Iglesia, este acto va de la mano con la enseñanza sobre cómo crecer en la vida dentro de este cuerpo. La predicación tiene, como objetivo, la instrucción y el crecimiento, tanto personal de los fieles como de la comunidad eclesial. Interpretar la Palabra de Dios en la Divina Liturgia no es solamente normativo sino que, allí, la Palabra interpretada edifica a todos los miembros del cuerpo de Cristo en el conocimiento del Dios verdadero, un conocimiento fundamentalmente *bíblico*, en el sentido de que es un conocimiento que nace de la comunión con Dios y no de una especulación racional sobre textos y hechos sagrados.

En efecto, en la celebración eucarística –según la tradición litúrgica bizantina ortodoxa que vivimos en nuestra Iglesia– la homilía se pronuncia al concluir la *Liturgia de la Palabra*, o sea, luego de la lectura del Evangelio, introduciendo justamente la *Liturgia de los Fieles* y abriendo el camino de ascenso de los fieles a la comunión y la participación del Cuerpo y de la Sangre de Cristo.

Desde esta perspectiva, *Presencia y Luz*, el título de este libro, manifiesta precisamente esta relación eucarística de la *Presencia* del Señor con nosotros por medio de su Palabra, y luego por la comunión de los preciosos Dones, el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Tanto la Palabra como la Comunión se viven como *Luz* que ilumina nuestras almas y cuerpos: una transfiguración completa de nuestra existencia en el Monte Tabor de la celebración eucarística. Entender la Palabra y vivirla

abre el camino para esta transfiguración; así lo revela la oración que precede la lectura del Evangelio: «Oh Soberano que amas a la humanidad, haz brillar en nuestros corazones la luz pura de tu divino conocimiento y abre los ojos de nuestro entendimiento a la comprensión de tus predicaciones evangélicas; inculca en nosotros el temor de tus bienaventurados mandamientos a fin de que, habiendo pisoteado todos los deseos carnales, vayamos en busca de un modo de vida espiritual, pensando y obrando cuanto es de tu agrado. Porque Tú eres la iluminación de nuestras almas y cuerpos, oh Cristo Dios, y a Ti rendimos gloria junto con tu Padre que es sin principio y tu Santísimo Espíritu bueno y vivificador, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.» (Liturgia de san Juan Crisóstomo).

Presencia y Luz reúne unas cuantas homilías pronunciadas en celebraciones eucarísticas por el archimandrita Ignacio Samaán. El autor –quien sirve como vicario episcopal para México de la Iglesia Católica, Apostólica, Ortodoxa del Patriarcado de Antioquía en México, Venezuela, Centroamérica y el Caribe– es teólogo recibido en la Facultad de Teología San Juan Damasceno de la Universidad de Balamand (Líbano) del Patriarcado de Antioquía; de aquella Iglesia fundada por los corifeos de los apóstoles, san Pedro y san Pablo, y también conocida tanto por el primer teólogo después de los apóstoles, san Ignacio (+109), el llamado *Teóforo* «revestido de Dios», como por su primer predicador, san Juan Crisóstomo (+407), el llamado *boca de oro*. El autor, fiel a la herencia riquísima de la Iglesia de Oriente, de donde él mismo proviene, quiso compartir este patrimonio en la totalidad de su expresión para dar a su interpretación toda la claridad y la simplicidad que lo caracteriza. Es por ello que trata

de interpretar unos cuantos textos del Evangelio, siguiendo el esquema del calendario eclesiástico de la Iglesia Ortodoxa –desde luego, diferente del conocido en otras Iglesias–, usando como herramientas todo lo que la tradición de su Iglesia dispone. Así su interpretación abraza todas las fuentes sagradas: la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia, las interpretaciones patrísticas de los pasajes bíblicos en cuestión, el desarrollo histórico del dogma, la himnografía de las fiestas y su interpretación a través de la iconografía. Así, se nota que el *colorido* de su interpretación alcanza connotaciones que abarcan una experiencia milenaria en el Espíritu, que se respira en la tradición de la Iglesia Ortodoxa de oriente.

Tal acercamiento al texto bíblico es muy justificable por el contexto en donde fueron pronunciadas estas homilías. Sin embargo, podemos distinguir también otra razón: el autor quiso alentar a las almas de sus oyentes, y ahora de sus lectores, en lo que él considera como respuesta a la sed que los cristianos sienten, especialmente en Occidente; sed de una espiritualidad que responda a sus inquietudes. Dicho acercamiento les permite aproximarse a la tradición de la Iglesia Indivisa: el Oriente cristiano, en realidad, quiere compartir con el Occidente cristiano lo que le fue dado como experiencia en el Espíritu Santo. Difundirlo es la mejor forma de retribuirlo, ofreciéndolo ahora al mundo hispanohablante donde el testimonio de la Ortodoxia encuentra un terreno fértil para compartir.

Es cierto que el emprendimiento del padre Ignacio no es el primero en cuanto a un testimonio de esta tradición y de dicho patrimonio de Oriente cristiano en Occidente –y más en el mundo hispanohablante, ya que en este continente la ortodoxia se halla presente ya desde las

últimas décadas del siglo XIX-. En realidad, él se une a la corriente de todos los testigos que lo precedieron, dando a su interpretación la gracia de ser en un idioma accesible a todos. Nuestro deseo es que esta palabra, así sembrada, llegue al corazón del fiel cristiano hispanohablante y que la reciba con toda la atención que merece.

+ *Siluan*

*Metropolita de Buenos Aires y Toda Argentina
de la Iglesia Católica Apostólica Ortodoxa
del Patriarcado de Antioquía*

PREÁMBULO

Las homilías presentadas en este libro conciernen a las lecturas evangélicas dominicales conforme al ciclo que se aplica a lo largo del año litúrgico en el Rito de la Iglesia Ortodoxa, según el orden siguiente:

- Homilías sobre el Evangelio según San Mateo: que es leído entre el Domingo de Pentecostés y el domingo anterior a la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz (14 de septiembre), exclusive.
- Homilías sobre el Evangelio según San Lucas: que es leído entre el domingo posterior a la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz y el domingo del Fariseo y el Publicano (que anuncia el inicio de la temporada cuaresmal), exclusive.
- Homilías de la temporada cuaresmal: corresponden a los cuatro domingos preparatorios a la Gran Cuaresma, y a los cuarenta días cuaresmales hasta el Sábado de Gloria. Las lecturas evangélicas del período en cuestión son variadas (no pertenecen a un solo Evangelista) y exponen virtudes y acontecimientos relacionados con el sentido de la vigilia y de la Pasión de Cristo.
- Homilías de la temporada pascual: cubren los cincuenta días desde el Domingo de Pascua hasta el Domingo de Pentecostés inclusive. Durante este período la Iglesia lee el Evangelio según San Juan y con éste cierra el ciclo anual.

- La última sección contiene homilías pronunciadas en algunas fiestas grandes de la Iglesia: Navidad, Epifanía, etc.

Sugiero que, para un provecho óptimo, el acceso a cada homilía sea acompañado con la lectura del texto evangélico anunciado en la presentación de la misma.

Un agradecimiento a todos los que ayudaron en la redacción de los textos; en especial, quiero expresar mi profunda gratitud a su Eminencia Monseñor Siluan, Arzobispo de Buenos Aires y de Toda Argentina, por haber bendecido el libro con sus valiosas palabras de presentación: un gran honor para mí.

Si las homilías del libro logran abrir al lector algún acceso a la Presencia de la divina Luz, ojalá tenga yo espacio en sus oraciones.

*Archimandrita Ignacio Samaán
Domingo de Ramos 2009*

**Homilías sobre
el Evangelio según San Mateo**

Alas de santidad

La semana pasada hemos celebrado Pentecostés, hemos inclinado la cabeza y doblado las rodillas ante la acción del Espíritu Santo que descende sobre los Apóstoles y sobre toda la Iglesia. Hoy, el primer domingo después de Pentecostés, celebramos la reacción del hombre ante dicha acción, celebramos la santidad como el fruto del descenso del Espíritu Santo sobre los fieles: es el Domingo de Todos los Santos.

La Santidad es la meta de la vida cristiana y la voluntad de Dios para con nosotros (1Tes 4:3), por lo que las lecturas bíblicas que la Iglesia establece para el día de hoy nos enseñan dos *alas* indispensables para elevarnos en esta dignidad.

«Ya que tenemos en torno nuestro tan gran nube de testigos (los santos), sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús», dice san Pablo en la Epístola de hoy (Heb 12:1-2). Entonces la lucha es la primera ala. Los santos no han logrado la vida virtuosa sin fatigas y sudor, sin caídas y penitencia, sin dolores y consuelos. San

Antonio el Grande enfatiza: «Nadie entra el Reino de los Cielos sin pruebas». Esto es opuesto a la religiosidad *Light* que la era nos sugiere, según la cual no hay necesidad más allá de unas fantasías de tendencia psíquica que acarician nuestro sistema emocional, mientras nos dejamos llevar por lo *natural* de la vida mundana descuidando la caridad y desenfrenando la rebeldía del instinto. San Pablo nos advierte del peso del pecado (sacudamos todo lastre); entonces la dejadez descrita arriba necesariamente nos llevaría conforme a la *gravedad* del siglo presente. En cambio, la vigilia y la lucha constantes son capaces de crear en nosotros una gravedad nueva y celestial, y ésta es la segunda ala de la santidad:

«El que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a Mí, no es digno de Mí», dice la lectura evangélica de hoy. Cuando observamos estas palabras del Señor, quizás opinamos que son duras, como si nos estuviera proponiendo escoger uno de dos afectos; sin embargo, Pedro, quien dijo «he aquí que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido», no se apartó de su familia ni descuidó a su suegra cuando ésta se enfermó (Lc4: 38-39); el Señor mismo, en la boda de Caná de Galilea, obedeció a su madre y efectuó el milagro aunque no era un momento oportuno —«aún no ha llegado mi hora» (Jn 2:4)—; y con todo y la grandeza de su Pasión, no dejó de preocuparse por su Madre y se la encargó a su discípulo amado (Jn 19:26). Cuado el

Señor dice: «El que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí», nos ilustra una imagen según cuya semejanza debe ser nuestra relación con Dios, nuestra religiosidad. Cuando la madre padece algún malestar, la atención de sus hijos no es un deber familiar o social sino una reacción de un amor filial sincero; y cuando el hijo está feliz, los sentimientos de los padres no se explican con ninguna regla secular. Del mismo modo, la relación con Dios, Padre nuestro, no se identifica con deberes u obligaciones sino con amor verdadero que crece día a día y supera aun el cariño natural hacia los de la casa. Este amor progresivo e ilimitado no se logra sino con la convivencia: ¿cómo amarlo sin convivir con Él? La lectura bíblica y la vida espiritual y sacramental procuran, en el fondo, estar en una convivencia tal que produce amor sincero hacia Dios; es la nueva gravedad que hace suave el yugo y ligera la carga (Mt 11:30).

Una vez el Señor platicaba con la muchedumbre acerca del camino de la vida cristiana, la mayoría se escandalizó por la dureza de sus palabras y lo dejó, entonces Él preguntó a sus discípulos más allegados si querían ellos también retirarse. Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.» (Jn 6:68)

La lucha sin amor activo a Dios se vuelve una rutina agobiante y sin sentido, y la devoción y la emoción sin lucha que nos preserva en la vigilia se entibian y desvanecen; pero cuando las dos alas se

acompañan, atraen al hombre hacia la *nube* luminosa de los santos. Entonces ninguna fuerza o dificultad sería capaz de llevarlo por otro camino, porque diría con Pedro y con todos los santos: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.» Amén.



Anhelos puros, vida iluminada

«Sí tu ojo es puro, todo tu cuerpo estará iluminado.»

Esta bella expresión del Señor es la clave de todo el pasaje evangélico que la Iglesia nos lee el día de hoy. Una traducción literal del texto original hubiera dicho: «Sí tu ojo es *simple*, todo tu cuerpo estará iluminado». Para entender cabalmente lo que el Señor dice, comentaremos a qué se refería con las tres palabras: «ojo», «simple» y «cuerpo».

- *El ojo*: Éste presenta a la persona la realidad que le rodea para que el cuerpo actúe oportunamente. Cristo se refiere con el «ojo» a la visión interior del hombre: el ojo espiritual donde se concentran los anhelos, las esperanzas y los deseos. Es lo que el lenguaje bíblico denomina, en otras ocasiones, como el *corazón*: «Hijo mío, dame tu corazón», dice el Señor por la boca del profeta (Prov 23:26); es decir: dame tus anhelos y esperanza, dirige a mí tu mirada.
- *El cuerpo*: Jesús se refiere con él a lo corporal, a la acción del ser humano en su relación con el mundo de alrededor: familia, trabajo, sociedad, riquezas, etc. Todo ello, opuestamente a

muchos prejuicios «religiosos» que se pudieran tener, no es inmundo ni menospreciable, sino al contrario: «estará iluminado», según las palabras del Maestro; es decir, estará lleno de luz, siempre y cuando el ojo (anhelos y esperanzas) sea simple. El cuerpo es «templo del Espíritu santo» (1Cor6:19); entonces el ascetismo, la vigilia, la castidad, la moderación –virtudes que, si bien encuentran su aplicación óptima en la vida monástica, no han de ser ajenas de la vida de cualquier cristiano sincero– no pretenden destruir el cuerpo de nuestra vida, más bien, purificarlo y prepararlo a fin de que sea morada de la Gracia. Falta entonces contemplar el sentido de lo simple.

- *La simplicidad*: no es la familiaridad, que los Padres de la Iglesia rechazan rotundamente. La era moderna a menudo manipula frases como «relación simple con Dios», de una manera que intenta alejar al hombre de la devoción y del temor al Señor, que es el «principio de la sabiduría» (Sal 111:10). Tampoco la simplicidad es indiferencia, ya que el cristianismo es una vida seria y sobria, que se preocupa sinceramente de la salvación propia y la de los demás. Para entender de un modo correcto el sentido de la palabra, la química nos prestará un ejemplo. Una sustancia simple es la que tiene un solo componente: oxígeno, hidrógeno, etc. Análogamente, si tus anhelos están en uno, tu vida depende del Único y buscas con asiduidad liberarte de la dependencia de dioses

ajenos, es entonces cuando «tu ojo» es purificado de todo lo que enturbia su simplicidad.

Vivir en holgura o en pobreza, en salud o en dolencias, en una vida monástica o matrimonial, todo ello es el *cuerpo* que estará lleno de luz cuando, a final de cuentas, la esperanza esté puesta en Uno.

«Sí tu ojo es simple (puro), todo tu cuerpo estará iluminado.» El Señor, más adelante, lo dijo en otras palabras: Si buscas (anhelas) primero el Reino de Dios, todo lo necesario para el cuerpo se te dará en añadidura, esto es, lo recibirás con luz. Amén.



*Tercer domingo de San Mateo
Sermón de la Montaña
Mt 6: 22-33*

No negligencia sino atención

«No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis.»

¿Acaso es una invitación a negligencia o pereza? ¿Es un llamamiento negativo para que meditemos sobre «las aves del cielo» y «los lirios del campo», que crecen sin preocupaciones, renunciando a nuestros compromisos y cargando la responsabilidad a Dios?

Cuando los tesalonicenses, malinterpretando los consejos de san Pablo sobre la vigilia espiritual, se despojaron de sus responsabilidades cotidianas, él los amonestó diciéndoles: «Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma» (1Tes 3:10). Los mismos apóstoles trabajaban para poder vivir y predicar la palabra de Dios. Y la vida monástica es un testimonio eclesiástico de que el trabajo forma una parte importante de la vida cristiana. Entonces, ¿cómo entender la advertencia: «no andéis preocupados por vuestra vida»?

La interpretación de lo que se quiere decir está en el final del mismo versículo bíblico: «Pues, ¿no vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el

vestido?» En otras palabras, ¿quién es más importante, el estómago o su dueño; el vestido o el alma de quien se viste? ¿Quién sirve a quién? Estas interrogantes llevan en sí la clara respuesta que nos acusa en el corazón de nuestra vida: Tú, hombre, eres el más amado de Dios, no vendas el alma para comprar el bocadillo; no sacrifiques la imagen de Dios en ti a cambio de lo material; no olvides que la vida no es lo que comes sino lo que eres. La lectura evangélica de hoy no conduce a ningún derrotismo o negativismo ante las responsabilidades de la vida. A lo que nos invita es a llamar a las cosas por su propio nombre, desenmascarar los falsos dioses cuyo reino es efímero, y buscar «primero el Reino de Dios», del único y verdadero Dios nuestro.

¡Atención!: «Buscad **primero** el Reino de Dios y su justicia» es el criterio que utilizamos en nuestra búsqueda por todo lo demás. Alimento, vestido, dinero y trabajo son las necesidades por medio de los cuales jamás nos detendremos en buscar lo **primero**. Cada vez que participamos en la Divina Liturgia, dejamos en la ofrenda de la Iglesia y ante Dios toda nuestra vida con sus preocupaciones y dolores, y nos apartamos de «todo interés mundano para que recibamos al Rey de todos», como nos advierte el Himno de la Entrada Mayor. Y cuando salimos «en paz» a través de las puertas de la iglesia, enfrentamos de nuevo las responsabilidades y los desafíos, pero con la luz del Reino que reflejamos en nuestro mundo, transformándolo y santificándolo. Amén.

*Cuarto domingo de San Mateo
Curación del criado del centurión
Mt 8: 5-13*

Humildad y confianza

«Les aseguro que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande.» ¿Qué es lo que hizo que el Señor elogiara, a tal grado, la fe de este centurión?

Es que su fe era protegida por dos virtudes que conservaban el equilibrio y producían en él un «camino real», el cual no se desvía a la derecha ni a la izquierda:

Por un lado, tenía la **humildad** y examinaba y observaba su maldad: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo»; y por otro lado tenía la absoluta **confianza** en el poder de Dios y en su misericordia: «basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano.» Las dos virtudes, cuando obraron en conjunto, hicieron grande su fe.

El camino real requiere de conservar el equilibrio entre el conocimiento de nuestras debilidades y caídas, y la entrega sincera a la misericordia de Dios. Pues si uno exagera con dejadez hacia la derecha: «¡Dios perdona! ¡Él es misericordioso! ¡Él nos rescata!», se desvía hacia la negligencia y una vida superficial; por otro lado, si exagera hacia la izquierda: «mis pecados son imperdonables... no

me puedo corregir... no tengo carácter, etc.), llegará hasta el otro extremo que se llama «desesperanza» y que, de alguna manera, es blasfemia contra la misericordia de Dios.

Dicen los santos padres que, ante cualquier tentación, el demonio nos enfrenta con dos pensamientos: antes de caer, que «Dios es Todo misericordia y me perdonará»; y al caer, que «¿cómo lo hice yo?, ¿cómo podré estar en la iglesia?, ¿cómo me atreveré a leer su palabra?» Tomándolo en cuenta, el cristiano se defiende con lo contrario; así pues el que se goza estando de pie (centurión con poder) tiene que recordar que puede caer y así se humillará; y el que ha caído (soy indigno), se anima y confía en la bondad del Señor: «con mi Dios, brincaré sobre el muro».

Ni a la derecha ni a la izquierda: éste es el camino real cuando marchamos en el cual, llegaremos a escuchar la voz del Señor: «Anda; que te suceda como has creído.» Amén.



*Quinto domingo de San Mateo
Curación de los dos endemoniados
Mt 8: 28-35*

¿A cuál reino pertenecemos?

¿El demonio es un ser verdadero o un mero símbolo de la maldad?

El Evangelio de hoy responde esta pregunta que a menudo planteamos, y nos advierte que el demonio sí existe, y su presencia es tan destructora y dañina que provocó que miles de cerdos se arrojaran en el mar ¡Odiosa reacción que desea destruir lo más que pueda!

También la experiencia de la Iglesia con sus Santos, en todo tiempo, nos ha dejado descrita la inquietud de los demonios y su furia ante cualquier hombre de Dios que mira hacia la santidad y la salvación. Así que los Sinaxarios (la vida de los santos) nos hablan de los intentos del demonio, que se presenta aun físicamente, para desviar a los justos del camino de Dios. El demonio sabe que es y será condenado, y quiere destruir todo lo que aún está al alcance de su mano.

Y la siguiente pregunta es: ¿Por qué nosotros no comprendemos la existencia del diablo –y gracias a Dios que no nos permite tentaciones más grandes a nuestra niñez espiritual– como los Santos la han descubierto?

La respuesta la podemos extraer de ejemplos de nuestra vida: en una guerra, el comandante no pone las trampas a los enemigos que ya son prisioneros en su territorio sino a los que andan afuera de su autoridad. En otras palabras, si ya estamos en su territorio, en su falso reino, ¿para qué perder esfuerzos? Pues aunque llevamos el nombre del Rey verdadero (cristianos), y aunque el día del bautizo contestamos la pregunta del Sacerdote: «¿Renuncias a Satanás, a todo su culto y a todas sus vanidades?» con la triple afirmación «Sí, renuncio a Satanás», sin embargo, seguimos siendo sumisos del reino ajeno a nuestra entidad.

El Profeta Elías, a quien recordamos hoy, día 20 de julio, reclamaba severamente a su pueblo: «¿Hasta cuándo van a estar cojeando con los dos pies? Si el Señor es Dios, seguidlo; si Baal, seguid a éste» (1Re 18: 21). Porque ellos, los israelitas que habían tenido la experiencia de convivir con Dios –Quien los sacó de Egipto, los rodeó de bienes y los defendió–, andaban prosternándose ante dioses ajenos que no tenían ni fuerza ni vida.

La reprensión del profeta Elías corresponde de la misma manera a nuestra actitud. Nos diría: Si Cristo para ustedes, Cristianos, es el Dios verdadero, vivan en su Reino. ¿Cómo llevan su bandera y andan en el reino de otro?

Queridos: en la oración más hermosa, que el Señor mismo nos ha enseñado, pedimos que «venga tu Reino». Esta súplica no concierne a una esperanza

futura: esperamos que después de la muerte haya un reino que sea de Dios. «Venga tu Reino» es presente, es un desafío ante cada cristiano para construir el Reino de Dios en su vida propia, no en fantasías ajenas a la realidad sino en acciones e iniciativas concretas.

Estos son los elementos del mundo perecedero: egoísmo, interés, descanso, placeres y muerte; mientras los pilares evangélicos del verdadero Reino, cuyo nombre llevamos, son: cruz, amor, lucha, virtudes, lágrimas de arrepentimiento y vida.

Discernamos bien y examinemos en cual de los dos reinos estamos, pues, como nos advierte nuestro Señor: «Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.»



¡Tus pecados te son perdonados!

Unos fieles acudieron a Jesús para curar a un paralítico, mas Jesús primero le curó el alma; mientras se le pedía sanar la enfermedad visible, Él asistió la invisible: el pecado. De aquí surge la pregunta: ¿Cuál es la relación entre la enfermedad y el pecado?

En el Antiguo Testamento, una enfermedad se relacionaba con el castigo divino por un pecado cometido. Así que al leproso, según las leyes, nadie se le podía acercar ya que se consideraba manchado, un pecador. Cualquier dolencia se veía como un fruto de cierta transgresión. Como un reflejo de esta mentalidad, una vez los discípulos preguntaron a Cristo sobre un ciego: «Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?» (Jn 9:2); mas Cristo rechazó atribuir la enfermedad –ceguera o cualquier otra– a castigo de Dios por un delito personal.

Si bien el sufrimiento no es un aspecto de la justicia divina, es parte de nuestra mortalidad, el resultado del pecado: «por el pecado entró la muerte» (Rom 5:12). Dios creó al hombre para que fuera inmortal, pero el pecado –siendo en el fondo

el alejamiento voluntario de Dios, de la vida– provocó la muerte y sus anexos: enfermedades, dolores, crisis naturales, tristezas...; en una palabra, provocó la corrupción. Así que todos padecemos lo mismo de maneras distintas y etapas diferentes pero, al fin y al cabo, es la misma mortalidad. Esta realidad caída no es un destino final con el que el hombre debe convivir con realismo sino un ambiente curativo que procura jalar al hombre hacia la resurrección espiritual. El malestar que algunos de nosotros padecemos nos podría brindar la oportunidad de comprender cuán lejos estamos de Dios; y al advertirlo tomar iniciativas positivas y penitenciales.

Cristo, con el paralítico de la lectura, nos advierte de esta *jerarquía* en la curación: aunque es importante curar el cuerpo, más importante es sanar el alma. Por eso leemos en muchos relatos de los santos Padres que daban gracias a Dios por sus dolencias ya que se les volvían causa de humillación, medicamento para salvación.

No se pretende aquí aprobar la enfermedad, que es en sí un defecto agregado a la buena creación de Dios, sino ser concientes de que la gracia de estar en salud y ventura no nos distraiga de la realidad del pecado que todos padecemos y que necesitamos curar; así como de que la prueba de estar enfermos bienaventurada es cuando nos provoca –con la paciencia y la fe– purificación del corazón.

La camilla que el paralítico cargó al levantarse se volvió una señal tangible de la presencia del Señor en su vida, presencia que no nada más cura nuestras dolencias sino que también lleva en sí la autoridad divina, dulce y consoladora, para decir:

«Hijo, tus pecados te son perdonados.»



*Séptimo domingo de San Mateo
Curación de los dos ciegos
Mt 9: 27-35*

El milagro: ¿regla o excepción?

«Jamás se vio cosa igual en Israel.»

Jesús en la lectura evangélica de hoy cura a dos ciegos y luego a un mudo en un contexto de varias curaciones; la gente se maravilló por lo que estaba sucediendo, mientras los fariseos impíos atribuían las obras de Jesús a Satanás: «por el príncipe de los demonios expulsa los demonios». Es un pasaje que nos estimula a pensar sobre «el milagro».

El milagro es el acontecimiento que supera la razón del hombre. Esta definición nos permite proponer tres fuentes posibles del milagro:

Es obvio que los fariseos, endurecidos de corazón, se equivocaron en su juicio sobre las obras de Jesús; pero en realidad, sí que «el príncipe de los demonios» es capaz de hacer cosas extraordinarias. El libro del Apocalipsis nos lo advierte: «Seduce a los habitantes de la tierra con las señales que le ha sido concedido obrar al servicio de la Bestia» (Ap 13:14). El mismo Señor señala que «surgirán falsos cristos y falsos profetas, que harán grandes señales y prodigios, capaces de engañar, si fuera posible, a los mismos elegidos» (Mt 24:24). Esta advertencia no ha de atemorizar a los fieles, más

bien, de guardarlos en la vigilia respecto a todo lo que se les expone, por más grandioso que sea. La práctica de la magia, lectura de cartas o del café entre otras cosas –que en su mayoría no son más que ilusión y engaño estúpidos–, deja espacio para influencia y dependencia satánicas; por lo que la santa Iglesia condena rotundamente estas prácticas. San Pablo considera a la hechicería como una de «las obras de la carne» (Gal 5:20). La magia, por más que logre adivinar con exactitud, su fin será la destrucción del hombre y su perdición lejos de Dios.

La capacidad del mismo hombre es también una fuente verídica del milagro. Lo que ayer era imposible, ahora ya no: el hombre llega a la luna, la comunicación es instantánea, y la medicina ha evolucionado asombrosamente. Además, las capacidades metafísicas de la mente humana no han sido explotadas más que en un porcentaje mínimo, dice la ciencia. En realidad, si bien el cristianismo anima y, aún más, inspira la creatividad humana a favor del bien del mundo, reprocha el egoísmo que pudiera ensuciar estos intentos, y la soberbia, la puerta más ancha que da entrada a la acción diabólica en la creación de Dios (el relato de Adán).

El milagro que viene de Dios es paralelo a la fe. En la lectura evangélica de hoy, Jesús pregunta a los dos ciegos: «¿Creen que puedo hacer eso?» Las señales del Señor, lejos de cualquier espectacularidad, requieren de fe y conducen a ella. Cada principiante de nosotros, con una contemplación

sincera, puede concluir que el mundo está lleno de milagros de Dios: el orden del universo, las estrellas, la elegancia de la naturaleza, el nacimiento de un infante, la célula humana...; pero cada vez que se navegue más en el mar de la fe, el descubrimiento del milagro será más palpable y personal: la intervención benévola de Dios en la vida de «sus amigos» se vuelve un milagro constante, milagro que genera en el alma no nada más admiración sino también paz y devoción.

No pidamos al Señor señales, sino su Presencia «venga tu Reino». La bondad de su Presencia nos hará descubrir la definición cristiana del milagro:

«Todas las cosas obran en conjunto al bien de los que aman a Dios» (Rom 8:28)*.



* traducción propia del versículo

Eucaristía

Parece que el milagro de la multiplicación de los panes tuvo una importancia excepcional en la conciencia de la Iglesia primitiva, que los cuatro Evangelistas lo mencionan y, más aún, Mateo y Marcos nos cuentan que el acontecimiento sucedió dos veces: en la primera, Jesús dio de comer a cinco mil hombres (Mt 14:13-21, Mc 6:31-44) y en la segunda, a cuatro mil hombres (Mt 15:32-38, Mc 8:1-10). Además, la multiplicación de los panes es una de las siete señales que san Juan expone en su Evangelio y que siempre las tiene vinculadas a cierta enseñanza; en el presente caso, el relato de san Juan (6:1-15) está ligado estrechamente con el Sermón de Jesús acerca del Pan de la vida (Jn 6:22-66): «Yo soy el Pan vivo, bajado del cielo», «el que come mi cuerpo y bebe mi sangre, tiene vida eterna». Entonces el lugar privilegiado que esta señal obtiene en la tradición bíblica se debe a su sentido eucarístico, y lo confirma el hecho de que los cuatro evangelistas describen la acción milagrosa del Señor –«levantando los ojos al cielo, bendijo, y partiendo los panes, se los dio a los

discípulos»– de una manera casi igual a lo sucedido en la Última Cena ((Mt 26:26).

La lectura profunda del milagro, a la luz de su referencia eucarística, nos proporciona tres observaciones importantes:

Antes de efectuar el milagro, Jesús pidió a sus discípulos: «Vengan también ustedes aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco» (Mc 6:31). Como si les estuviera preparando antes del evento sublime que seguiría: cierto aislamiento del ruido del mundo; descanso para el alma «con Él», lejos de la agitación de las responsabilidades cotidianas; un «alto» para examinar lo que se ha hecho. Esta actitud preparatoria (serenidad, examen de conciencia profundo y penitencia) es indispensable para todo feligrés que se aproxima al santo Cáliz. La comunión frecuente, como una práctica propicia, no debe conducir a negligencia, ligereza y, en consecuencia, a menosprecio ante el «terrible Misterio». Parte de esta preparación es también el ayuno eucarístico: la multitud siguió a Cristo sin importarle las necesidades del cuerpo; sabían que ya la noche llegaba y que no tenían comida; sin embargo, la palabra de Jesús les hizo dejar de lado el pan de cada día, a semejanza de David: «Me olvidé de comer mi pan» (Sal 102:4). El ayuno antes de la Comunión es este olvido que provoca en el alma sed de la palabra de Dios, hambre del Pan de vida.

Podemos observar también que la muchedumbre ofreció todo lo poco que tenía (cinco panes y dos pescados) y recibió mucho más de lo que esperaba (sobraron doce canastos llenos). Así la Gracia sobreabunda en nuestra vida que la ofrecemos sinceramente en el santo Altar junto con el pan y el vino. ¡Es indigna y miserable! No importa: a partir de la penitencia, confesión y santa Comunión será injertada con la vida de Cristo.

Y el tercer punto digno de reflexión es que Cristo pretendió que los discípulos participaran en el milagro cuando «les mandó que acomodaran a todos por grupos sobre la verde hierba, y se acomodaron por grupos de cien y de cincuenta» (Mc 6:39). «Hágase todo con decoro y orden», dice san Pablo (1Cor 14:40). Y por medio de ellos, repartió el pan a todos los presentes: «los iba dando a los discípulos para que se les fueran sirviendo» (Mc 6:41); sin embargo, Él fue Quien efectuó el milagro. No es el sacerdote quien «da misa» sino que es meramente el «ministro del Misterio» tal como los discípulos lo fueron: Cristo mismo es el Sumo Sacerdote «que ofrece y es ofrecido»*. La Divina Liturgia, en su totalidad –gestos litúrgicos, vestimenta sacerdotal, cánticos y rúbricas–, procura colocarnos en esta realidad del gran milagro de la Eucaristía.

* Palabras de la oración del sacerdote antes de la Entrada con los dones ofrecidos, Liturgia de San Juan Crisóstomo

La preparación, el ayuno, el servicio y la ofrenda personal es lo que nos toca hacer ante la Cena milagrosa, Cristo se encarga de la *multiplicación*: de su Presencia desborda la Gracia en abundancia que el alma, jubilosa, exclama con lágrimas las palabras de san Isaac el Sirio: «Calma en mi las olas de tu Gracia.»



Fe dinámica

En la lectura evangélica de este día, Jesús ratifica a sus discípulos lo que les había mostrado en la multiplicación de los panes. Dios, Quien proveyó a Israel en el Antiguo Testamento y envió el maná para sostenerlo, una vez más da de comer a su nuevo pueblo; y he aquí que viene caminando sobre las aguas, «y quería pasarles de largo», dice san Marcos (Mc 6:48); una imagen que recuerda el paso de la Gloria de Dios ante Moisés y Elías (Ex 33:19, 1Re 19:11). Cuando los discípulos lo vieron, se asustaron; entonces Jesús les dijo: «¡Yo Soy!, no tengan miedo.» (Jn 6:20). «¡Yo Soy» es el Nombre con el que Moisés identificó a Dios en el Monte Horeb (Ex 3:14) y con el que Jesús, cada vez más, se mostraba a sus discípulos y, por medio de ellos, a toda la Iglesia. No cabe duda que Éste que provee a su pueblo y muestra su Gloria es «verdaderamente el Hijo de Dios», tal como los Doce en el barco exclamaron.

El recuadro del milagro nos coloca intensamente ante la realidad de la fe en Cristo Dios: la fe de los discípulos que luchan en el mar, la fe de Pedro que camina sobre las aguas, y la fe de él mismo, que duda y se arrepiente:

- **Lucha:** Cristo envió a los discípulos delante de Él. Quería que estuvieran solos, y «el viento era contrario». Ellos tenían que seguir luchando para llegar al otro lado. Algunas veces, el Señor dispone que estemos solos, o nos lo da a entender o sentir, y con ello nos instruye en la fe. San Siluan de Athos tuvo una experiencia parecida del abandono divino; llegó a sentir que la Gracia divina lo dejó y que estaba solo en un abismo de perdición; en medio de su grito y plegaria escuchó la voz divina diciéndole: «Guarda tu mente en el Hades y no te desesperes.» La soledad en los apuros y el abandono forman parte de la instrucción del Padre compasivo para con sus hijos, que no permite «seáis tentados sobre vuestra fuerza» (1Cor 10:13). Por lo que la lucha constante y la paciencia forman la primera piedra de la fe en Cristo.
- **Consuelo:** en la marcha espiritual, Dios no deja a sus amados sin consuelo. Que Jesús camine sobre el agua es natural para la fe *primigenia* de los discípulos que han visto muchas señales; pero que Pedro lo haga (caminar sobre el agua), con el mandato del Señor, ya es un consuelo que los confirma –a él y a sus compañeros– en la lucha: «quien crea en Mí, ése hará también las obras que Yo hago y hará mayores aún» (Jn 14:12). Si Dios nos educa con cierto castigo o abandono, también suele asistirnos con su dulce mirada, confortación e intervención

poderosa que nos hace advertir la virtud de la fe. ¿Qué es lo que ha impulsado a millares de testigos hacia el martirio de sangre y de vida diaria –«por amor de Ti estamos muriendo todo el día» (Rom 8:36)–, si no es la certeza del consuelo presente que se tiene a lo largo de la «vida en Cristo»?

- **Penitencia:** Pedro caminó sobre las aguas, más bien, sobre las olas de la fe; pero, «viendo la violencia del viento, le entró miedo». ¿Cuántas veces la fuerza de las preocupaciones nos distrae de Aquél en quien hemos puesto nuestra confianza? ¿Cuántas veces la violencia de las tentaciones nos hace olvidar las promesas y las esperanzas?, y nos caemos. Pero el mérito de Pedro se encuentra en que, ahogado, supo exclamar: «¡Señor, sálvame!». En uno de los relatos monásticos, el demonio se quejaba amargamente: todo el trabajo que elaboraba con perfección y constancia se echaba a perder con la humildad y el arrepentimiento sinceros del monje.

La fe no es un ejercicio racional o ideológico: es una marcha de ahínco y esfuerzo. La marcha implica tropiezos y caídas; las caídas provocan penitencia («¡Señor, sálvame!»); la penitencia y la confesión atraen al corazón consuelo y Gracia. Un caminar paciente y progresivo hasta que «el viento amaine» y la barca llegue al puerto de la Salvación.

*Undécimo domingo de San Mateo
Parábola del siervo injusto
Mt 18:23-35*

¡Perdona nuestras deudas!

El rey que aparece en la parábola es el Señor, a Quien pertenece «el poder de la remisión de los pecados». Parece que el Reino de Dios requiere justicia, y que el Señor ajustará cuentas con los siervos. Pero los criterios de su juicio difieren de lo humano: la justicia de Dios es su amor, y eso explica la contradicción aparente en las dos frases del Salmo que leemos en el servicio de Completas: «atiéndeme con tu justicia / y no entres en juicio con tu siervo» (Sal 142:2). Pues «atiéndeme con tu justicia» –a saber, con tu misericordia– remata con «no entres en juicio con tu siervo», ya que nadie tiene el mérito y la dignidad sino por la Gracia de Dios.

En la parábola, el amo juzgó a su siervo de la misma manera; pues si lo hubiera juzgado según nuestra justicia humana, hubiera sido vendido «él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía». Pero la diferencia entre los juicios del Señor y los nuestros es tan grande como la diferencia entre misericordia y derechos, entre amor e intereses, entre perdón y venganza.

Los números que la parábola menciona son dignos de atención. Pues mientras el siervo debía al Señor diez mil talentos (diez mil era el número más grande de aquel tiempo), el otro siervo le debía solamente cien denarios. ¿Qué es lo que un hombre le puede deber a otro? Algún dinero, servicio o maltrato; pero a Dios le debemos todo. Si contempláramos la grandeza de los divinos dones para con nosotros, comprenderíamos lo inalcanzable que es su amor y que nuestra deuda es imposible de pagar.

La parábola deja en claro porqué el Rey condenó al siervo: no por estar endeudado sino por ser «siervo malvado»; no por la gran deuda que debía sino por la pequeña que no perdonaba. Nuestro pecado consiste en que no tratamos al prójimo de la manera con la que Dios nos atiende.

«Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» Nuestra actitud *horizontal* (con nuestros deudores) condiciona nuestra petición *vertical* (perdona nuestras deudas). Cada vez que digamos esta frase en el «Padre nuestro», cuidemos que nuestra petición no sea propia condenación sino un gemido que atraiga la ternura de Dios y ablande la dureza de nuestro corazón.

«No será justificado ante Ti ningún viviente» (Sal 142:2) sino el que se apiada del prójimo y olvida sus ofensas. Amén.

*Décimo cuarto domingo de San Mateo
Parábola de la boda
Mt 22: 1-14*

El atuendo apropiado

«Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda?»

Entre los que entraron al banquete hubo uno que fue arrojado fuera porque no llevaba puesta la ropa de bodas. La vestimenta es la apariencia exterior que expresa la condición espiritual interior; la ropa es también la imagen de los anhelos y pasiones. ¿Cuál es entonces la vestimenta de bodas que el Señor exige nos pongamos a fin de permitirnos entrar en el Reino y participar de la alegría de su *Hijo*?

Previo al Bautismo, el niño es despojado totalmente de su ropa, es desvestido de todo lo terrenal; y cantamos: «Vosotros que en Cristo os habéis bautizado, de Cristo os revestisteis.» Sí, Cristo mismo es la vestimenta genuina para las bodas. El bautizado es revestido con un atuendo blanco, el cual porta la luz del rostro de Jesucristo. Cuando actuamos indebidamente, estaremos manchando esta vestimenta blanca y desfigurando el rostro de Cristo con nuestras acciones.

Quien se revista de Jesús debe andar siempre como Él. Si se encuentra frente a un pobre actuará tal como Jesús lo haría; si con una persona abrumada,

lo consolará como el Maestro divino actúa. Revestirse de Jesús no tiene que ver solamente con el comportamiento sino también con el pensamiento interior, dice san Pablo (1Cor 2:16). Los sueños deben ser los de Cristo, los deseos y anhelos también.

Debemos mantener la vestimenta blanca y brillante; sin embargo, no siempre los intentos son coronados con éxito, y nuestro vestido se va enturbiando igual al de un ladrón o un esclavo, dejando de ser así un *vestido de bodas*. Frente a esta triste realidad –al pensar y observar dónde estamos y dónde realmente deberíamos estar–, el libro de Apocalipsis nos anuncia que aquellos que han soportado grandes dificultades y tentaciones «han emblanquecido su vestimenta con la sangre del cordero» (Ap 7:14).

Dejemos que nuestra vestimenta sea blanqueada en la sangre del Cordero sacrificado por nosotros. Cada vez que veamos nuestra debilidad, nuestras dudas y todo aquello que manche la pureza de la luz del rostro de Cristo en nosotros, corramos para que la Sangre del Cordero, que se nos entrega en cada divina Liturgia, nos emblanquezca. Nos acercamos con temor de Dios y con amor y fe a participar de la Sangre del Cordero para que lave nuestro rostro pecador con verdadero arrepentimiento, confesión y disposición a las obras de la virtud y a una vida cristiana sincera. De este modo, recuperamos la belleza del rostro divino y emblanquecemos el atuendo bautismal.

*Décimo séptimo domingo de San Mateo
Curación de la hija de la cananea
Mt 15:21-28*

La humildad: pilar de la fe

«¡Mujer, grande es tu fe!»

Previamente a su encuentro con la cananea, Jesús estaba hablando a los fariseos y escribas en presencia de los Doce; parece que su discurso no les cayó del todo bien puesto que los discípulos le reclamaron: «¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oír tu palabra?» Y Él les respondió: «Toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será arrancada de raíz» (Mt 15:13). Y al instante, *Jesús salió de allí y se retiró hacia la región de Tiro y de Sidón*, tierra de gentiles que no conocen a Dios, donde una mujer lo buscaría para que curase a su hija. ¿Cómo compatibilizar la posición tajante de Cristo ante los fariseos, hijos de la promesa, y su apertura hacia la tierra de los gentiles, con su respuesta a la petición de la mujer cananea: «No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel»?

Una mujer cananea, dolida por el malestar de su hija «endemoniada» se entera de que pasaba por su tierra Jesús –de Quien seguramente había escuchado–; lo sigue o, más bien, lo persigue con insistencia para que cure a su hija, pero Él *no le respondió palabra*. Los discípulos –no porque

tuvieran compasión de ella sino molestos por el ruido que ocasionaba– piden a Jesús que le atienda para que les deje en paz. El Señor les da una respuesta que realmente les satisface el orgullo, palabras que para ellos en aquel momento –hubiéralas dicho o no– formaban un asunto resuelto e indispensable: «No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel.» El Mesías pertenece a los judíos y punto.

Sin embargo, la mujer a pesar de toda la humillación que encontró –y Dios no permite «seáis tentados sobre vuestras fuerzas» (1Cor 10:13)– todavía se acerca más, se postra y ruega con fervor: «¡Señor, socórreme!» De nuevo Jesús la rechaza, pero ahora con palabras aún más duras: «No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos.» El calificativo de «perros» no era extraño al glosario de los discípulos (como judíos) respecto a los cananeos. Sus prácticas inhumanas, adoración y baja moralidad a tal grado que llegaban a sacrificar a sus hijos –cosa que ni los animales hacen– dieron de ellos una imagen digna de menosprecio y baja estima. Entonces Cristo utilizó esta misma imagen fuerte para despertar la penitencia de la mujer, pero sobre todo para advertir a los discípulos la esencia auténtica de la fe: «No anden diciendo en su interior: “Tenemos por padre a Abraham”; porque les digo que puede Dios de estas piedras dar hijos a Abraham» (Lc 3:8). Aunque el Evangelio no lo dice, es lícito imaginar que Jesús acompañó estas palabras duras con un gesto benévolo hacia la mujer que la movió al

arrepentimiento y a mostrar una fe verdadera enraizada en la humildad: «Sí, Señor, pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.» En su Homilía sobre este pasaje evangélico, san Gregorio Palamás concluye que «la humildad pertenece a los fieles, y la fe a los humildes.» El creyente distingue en los apuros la mano sanadora de Dios, como nos podría decir la cananea: «Con castigo me ha corregido el Señor, más a la muerte no me ha entregado» (Sal 117:18).

Con esta *escena* de la vida real, Cristo mostró a sus discípulos y a nosotros un ejemplo efectivo de la fe que complace al Señor: «¡Mujer, grande es tu fe: que te suceda como desees!» No le concedió su petición para aliviar los oídos de los discípulos, sino porque grande fue su humildad, grande su arrepentimiento: ¡grande su fe!

Una religiosidad soberbia y superficial jamás acata a la divina Voluntad, y ante cualquier ocasión no al gusto reclama a Dios rogándole que «se aleje de su término» (Mc 5:17), mientras la fe verdadera frente a las pruebas, por más duras y humillantes que sean, saca un gemido penitencial: «¡Señor, socórreme!» y experimenta qué es *desplegar las montañas* (Mt 17:20).



**Homilías sobre
el Evangelio según San Lucas**

Reclamos de la pesca milagrosa

El lugar es la orilla del lago de Genesaret. Jesús encuentra a unos pescadores que lavan sus redes, uno de ellos es Pedro; El Señor entra en una de las dos barcas y dice a Pedro: «Lleva la barca mar adentro, y echa tus redes para pescar.» Pedro contesta: «Maestro, hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada; mas, (confiando) **en tu palabra**, echaré las redes.»

Hoy, a la palabra dulce del Señor, la tenemos en la Biblia: ¿Quién de nosotros confía en ella? ¿Quién es conciente de que es «palabra de vida», que ha de acompañarnos, sea cual sea la ocasión?

Simón y sus compañeros, cuando correspondieron al mandato del Señor, alcanzaron *gran cantidad de peces*; así que llamaron a los de la otra barca para que les ayudaran. Felipe también, uno de los discípulos, apenas encontró a Jesús el Mesías, se apresuró a llamar a su amigo Natanael (Jn 1: 46). ¿Has cosechado tú algún fruto de las palabras del Señor, para llamar a tus amigos a que participen contigo de la Gracia?

Las dos barcas se llenaron a tal grado que *casi se hundían*. Cuando Pedro lo vio, se postró ante el

Señor y dijo: «Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador.» Se dio cuenta de la incompatibilidad de sus pecados con la pureza de Jesús, se advirtió de la distancia entre su propia indignidad y la abundancia de la misericordia del Señor. ¿Quién de nosotros ha sido tan tajante en asimilar que no se trata de hacer *convivir* nuestros pecados con algunas ideas o ética cristianas? Nuestra religiosidad *light* no quiere detenerse de pedir, exigir y reclamar a Dios peces, grandes y pequeños, sin importarle que estemos en su Presencia. De tal manera los israelitas, en el Antiguo Testamento, reclamaban a Moisés y murmuraban contra su Dios: «¿Qué vamos a beber? ¿Qué vamos a comer?», en vez de bendecirlo por todo lo que les había hecho cuando los sacó de Egipto, y de llorar la pequeñez de su comportamiento ante la ternura de Dios para con su pueblo. No así Pedro. Él valoró y se prosternó.

El asombro se había apoderado de él (Pedro) y de cuantos con él estaban: La penitencia provoca también una admiración parecida; de hecho, admirar la belleza de Dios, su amor y su cercanía a nosotros forman la parte esencial de nuestra postración penitencial. San Teófilo el Recluso dice: «Mientras la habitación esté inmersa en la oscuridad, jamás advertiremos su inmundicia; pero en cuanto sea iluminada con una luz vigorosa, podremos ver hasta el grano de polvo más minúsculo. Lo mismo pasa en la habitación de nuestra vida, la luz de Cristo que penetra en ella

nos hace percibir de un modo verdadero nuestro pecado personal.»

A Pedro, purificado por su confesión, el Señor le dice: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres.» Como si le dijera: «Como yo te he atraído a ti, tú atraparás a muchos... No temas el ambiente pecaminoso que te rodee: eres enviado de parte del Señor: Él te dará fuerza, paz y compasión para que conquistes al alma necesitada, y la atraigas a la presencia del Cristo, y quede *admirada*.»

Cuando los discípulos llegaron a tierra, *dejándolo todo, lo siguieron*. ¿Qué son las redes, y qué las barcas, ante la belleza y la luz de este Hombre? Y tú, oh alma, ¿acaso todavía sigues cautivada en las redes de tus deseos y vanagloria, o quieres ser capturada por Cristo, **pescador de hombres**?



*Primer domingo de San Lucas
La pesca milagrosa
Lc 5: 1-11*

La fe del pescador y del apóstol

En el evento de la pesca milagrosa, el Señor, conforme a su costumbre, encamina al hombre del acontecimiento histórico a la esencia didáctica, de la experiencia al objetivo: para Él no es un mero acto milagroso sino una ocasión oportuna para convertir a Pedro, un pescador sencillo, en un apóstol. ¿Cuál fue la experiencia que Simón vivió, y cual fue el resultado?

Generalmente la pesca se lleva a cabo durante la noche, cuando el pescador ataca la tranquilidad del mar y sorprende a los peces con su red. Aquí Pedro, un pescador profesional, confiesa su fracaso: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada.» Mas la palabra de Dios es capaz de atraer a los peces sin consideración alguna de la hora: la red del Señor los atraparán aun a pleno día. Ésta es la experiencia del pescador Pedro. La exclamación «en tu palabra, echaré las redes» lo convierte en un *pescador de hombres*. Se trata de un cambio en su fe: de un judío que ve en Jesús a un *rabí* (maestro) cuya palabra es digna de obedecer, a un hombre que mira a Cristo como a Dios ante Quien se presenta con humillación y por Quien se deja todo.

La primera fe, la del pescador –que considera a Cristo como un maestro de religión a quien se debe dar el timón del barco para «enseñar a la muchedumbre» (Lc 5:1)– es una fe aceptable, primaria y básica para acceder a la que es más profunda, que hace de la apostolicidad nuestra constante preocupación: «la profesión del cristiano es ser cristiano», nos dice san Gregorio el Teólogo. Desde luego, esto no significa abandonar nuestros trabajos dado que el mismo Pedro no dejó la pesca. Nuestra vocación es que, estemos donde estemos, y en cualquier lugar o profesión que ocupemos, seamos siempre apóstoles y sigamos a Cristo sin interrupción.

Es bueno que demos a Cristo el timón de nuestra vida convirtiéndonos de la fe del pescador a la fe del apóstol, quien, como luz en el faro, da testimonio del deseo del Señor: «Que todos los hombres se salven y hacia el conocimiento de la verdad adelanten» (1Tim 2:4). Amén.



*Segundo domingo de San Lucas
Amor a los enemigos
Lc 6: 31-36*

Los colores del amor

El «amor», este vocablo, quizás el más común, es de suma flexibilidad en el uso a tal grado que permita a toda persona imaginar que lo practica; pero, en realidad el amor tiene varios aspectos y niveles.

El primer *color* de éste es el amor instintivo, como el que une a los miembros de una familia, a la madre con sus hijos y al marido con su mujer. Es una relación fuerte y sagrada que une a las personas poderosa y duraderamente, que se manifiesta en tristezas y alegrías. Sin embargo, parece que este nivel no es perfecto; he aquí que a menudo cautiva al amado. ¡Cuántas veces el cariño instintivo de la madre ha destruido el futuro de su hijo! Otras veces las relaciones son corrompidas por los intereses: dinero que divide a los hermanos y objetos insignificantes que causan rompimiento en la misma familia. Es entonces un afecto que necesita siempre de purificación y de santificación.

El segundo color es del amor social, que surge de las relaciones en la escuela, trabajo, compañía, actividades... aquí, suele ser más espontáneo y efímero que cambia según las circunstancias de la vida, y es golpeado por el egoísmo, intereses y diferencias.

Ambos géneros, el instintivo y el social, a pesar de su dulzura, son rompibles, porque en ellos el hombre pide satisfacer su necesidad y su deseo. De dichos sentimientos dijo el Señor en la lectura evangélica de hoy: «Si prestan a aquellos de quienes esperan recibir, ¿qué mérito tienen? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir lo correspondiente.» Y del amor instintivo también dice: «Si aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen? Pues también los pecadores aman a los que los aman.»

El amor perfecto es el espiritual, que es construido cristianamente y hace al hombre clemente como «su Padre celestial»; que no negocia ni espera recompensa. Y su criterio más meticuloso es el «amor a los enemigos», que la tendencia natural no conoce y las reglas sociales no exigen; éste no está sujeto a las perturbaciones del instinto ni a los cambios de las circunstancias.

El amor espiritual es el fin de los demás colores. La divina palabra, la santidad de vida y el anhelo de Dios transforman los primeros dos colores en la verdadera luz del perfecto amor. ¡Qué hermoso es el amor instintivo de la madre cuando es purificado en el Espíritu! ¡Qué buenos son los afectos sociales cuando construyen relaciones espirituales!

El amor es el misterio de la misericordia que convierte al hombre instintivo y al ser humano social en una persona compasiva como «su Padre celestial».

*Segundo domingo de San Lucas
Amor a los enemigos
Lc 6: 31-36*

La ley de oro

«Lo que quieran que hagan los hombres a ustedes, háganlo ustedes igualmente.»

Este mandamiento llamado la «Ley de oro» nos presenta un resumen de la moralidad cristiana.

En los códigos sociales, quizás escuchemos la misma regla mas con un aspecto negativo: «todo lo que *no* te guste que la gente te haga, *no* lo hagas con ellos.» Este rostro negativo traza nítidamente la frontera entre el yo y el prójimo: las maldades que no quiero recibir de los demás, que no las haga, y mi libertad termina allá donde comienza la libertad del vecino. Con base en esta regla se organizan todas las ciencias sociales contemporáneas. Es el principio que controla y regulariza una convivencia sin problemas.

Pero si observamos con atención las dos formas de decirlo, negativa y positiva, encontramos mucha diferencia: la ley en su forma positiva, como Cristo la manda –«lo que quieran que hagan los hombres a ustedes, háganlo ustedes igualmente»– no traza líneas de separación, más bien, recalca los puntos comunes de contacto. En la perspectiva cristiana: la vida en sociedad no es una vida individual basada

principalmente en el respeto a los demás, sino una vida comunitaria cuyo pilar es el amor al prójimo. Entonces mi libertad no termina allá donde empieza la del otro, sino más bien empieza cuando principia el descanso, el interés y el bien del hermano. Se requiere no solamente de convivencia en el respeto, sino relación viva en el amor. El amor no tiene límites: aprovecha toda oportunidad para tomar la iniciativa sin espera, dar sin buscar nada a cambio. Cuando el cristiano quiere realizarse no será por medio del encerramiento lejos de los demás buscando proteger su propia vida, sino «quien pierda su vida por Mí y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8:35); y «mayor felicidad hay en dar que en recibir» (Hch 20:35).

El amor que esperamos del prójimo démoselo primero.



*Cuarto domingo de San Lucas
Parábola del Sembrador
Lc 8: 5-15*

La tierra buena

«Y otra cayó en tierra buena y, creciendo, dio fruto centuplicado.»

En esta parábola, Cristo no pretendía clasificar a la gente entre recipientes buenos y otros inoportunos, sino describir los obstáculos que impiden que la palabra de Dios actúe en nosotros; a fin de que, identificándolos, los superemos y lleguemos a formar una tierra buena.

La tierra buena es virgen y oculta a la vista, que sabe cómo guardar la semilla, y cobijándola, la hace parte de ella, así que los pájaros no la pueden hurtar. En cambio, cuando la palabra nos agrada superficial y emocionalmente sin que la hagamos parte de nuestro ser, parte de nuestro modo de vivir, se vuelve como la semilla que cayó en la superficie del camino, la cual fue fácil para el Maligno robar.

La tierra buena, siendo profunda y flexible, facilita que la semilla tenga raíces robustas e inseparables que resisten a cualquier tormenta. Se podría pensar que la era de la persecución terminó a principios del siglo IV con el reconocimiento oficial del cristianismo y la libertad religiosa; pero, en

realidad, la persecución jamás se ha detenido y el martirio nunca ha cesado de dar su testimonio. Mientras los mártires sacrifican su vida rechazando la adoración a dioses ajenos, he aquí que nosotros, cada día, nos prosternamos ante millares de esos dioses. Llegamos al templo para ofrecer a Dios nuestras superficialidades y al salir nos mostramos ajenos a Él. ¿Acaso en nuestros proyectos buscamos agradar a Dios? En la educación de nuestros hijos, ¿sembramos la virtud evangélica: perdón, sacrificio, oración y sensibilidad? ¿La palabra de Dios juzga sobriamente nuestro modo de vivir o es superficial? La profundidad es una vida comprometida y la flexibilidad es la penitencia que va *moldeando* el alma, y el resultado es fe inamovible, como la de san Pablo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?: ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?» (Rom 8:35).

La tierra buena ha de estar limpia de los abrojos. Quizás el más miserable sea el que ha probado la dulzura de la palabra divina, pero las espinas de la vida no la dejan crecer. Judas, por ejemplo, gustó junto con los demás discípulos de la Presencia de Cristo, pero el amor a la plata y los intereses inmundos ahogaron todo anhelo divino sembrado en su corazón. Nuestras energías, deseos y tiempo son espacios en los que la palabra de Dios tiene que crecer; mas si los abrojos consumen todo el *oxígeno* en estos espacios, sobrará nada para las semillas de la vida y éstas se ahogarán.

La Iglesia lee este pasaje evangélico en el recuerdo de los santos Padres del Séptimo Concilio Ecuménico. Para nuestra Iglesia los santos Concilios no son congresos eclesiásticos ni conferencias dogmáticas, sino la reunión de los santos, hombres de Dios que han aceptado la palabra divina profundamente en sus vidas: «y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gal 2:20), y la han guardado lejos de cualquier pensamiento maligno, pisoteando por ella las preocupaciones del mundo presente: «que no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro.» (Heb 13:14).



Necesitado y bienhechor

Nuestra Iglesia Ortodoxa dispuso que la parábola del rico y Lázaro fuera leída el domingo de la primera semana de noviembre en honor a los santos Cosme y Damián (1 de noviembre), conocidos en griego como *anarguirios*, que significa «quienes no poseen plata», ya que ellos vendieron todas sus pertenencias y dedicaron su vida al servicio de los necesitados. Generalmente, el Evangelio según san Lucas se considera como «el Evangelio de la misericordia». No ahorra oportunidad alguna sin que muestre la preocupación de Jesús por los menesterosos, las viudas, los pecadores, los publicanos y los samaritanos, en una palabra, por los marginados y, sobre todo, por su salvación. La parábola en cuestión viene dentro de este contexto.

Aunque la *tragedia* del rico y Lázaro aparenta ser dividida en dos escenas análogas en tamaño y opuestas respecto a la condición de sus personajes, una comparación sencilla entre lo eterno y lo efímero rompe con el paralelismo imaginado y descubre la realidad: el rico era el pobre y Lázaro, el rico: «él es aquí consolado y tú atormentado». Esta comprensión escatológica (escatología es la

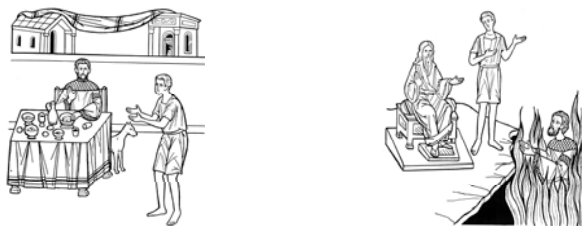
teología que observa todo lo existente a la luz de la Vida eterna) estimula a san Juan Crisóstomo a concluir que «no hay más pobre que el pecador ni más rico que el justo». Entonces no son las pertenencias las que condenan al rico sino su insensibilidad y rudeza. En la parábola, la imagen del Reino celestial se figuró paradójicamente con el «seno de Abraham», quien era un hombre rico pero, a la vez, espléndido y justo; administró su fortuna material de una manera inteligente y se mostró enriquecido en Dios. Al mismo tiempo, el consuelo que Lázaro recibió no fue debido a la indigencia de su vida, sino a su confianza en el Señor (nótese que la parábola, mientras ignora el nombre del rico, designa al pobre con el nombre «Lázaro» que, en hebreo, significa «Dios auxilia» e implica esperanza en Dios). Judas, por ejemplo, era pobre; sin embargo, la codicia le mostró cautivado por el dinero y mezquino en esperanza.

Entonces las riquezas en sí, aunque forman cierta tentación, no son perversas, el uso es lo que las califica como malas o bondadosas. La instrucción bíblica, partiendo de la realidad del entorno y mirando siempre hacia la salvación de todos, no ha sugerido una igualdad social basada en la posesión común, sino una administración benévola y paciencia esperanzadora que van enriqueciendo al uno y al otro en Dios, y la caridad se vuelve una alianza amorosa: el rico considera al pobre como su bienhechor espiritual, y el necesitado será saciado y alabará al Señor. San Juan Misericordioso, obispo de Alejandría, dice que los pobres son «nuestros

soberanos» porque ellos «son los únicos que nos pueden ayudar y nos otorgan el Reino de los cielos».

¿Cómo el cristiano, fiel al dogma de su vida, puede protegerse de la atracción del dinero y superar la pasión del poder? Por la vigilia: contrariamente al rico de la parábola que *celebraba todos los días espléndidas fiestas*. Si bien el descanso y la alegría son parte de una marcha sana en la vida, la diversión prolongada –que la modernidad promueve constantemente a «los que tienen y pueden»– les va despojando de su sensibilidad espiritual y *anestesiando* su conciencia. El rey David experimentó la pobreza voluntaria dentro de su palacio. Fuera de este «camino angosto», el hombre soberano se vuelve esclavo de sus fortunas y placeres. La abstinencia total no es mandamiento pero la liberación del apego material es el objeto principal de toda lucha cristiana.

La realidad escatológica que la parábola presenta nos apunta a la sensibilidad y al amor: amor que, esparciendo, ahuyenta la indigencia material y sana la pobreza espiritual. Amén.



*Sexto domingo de San Lucas
Curación del endemoniado
Lc 8: 27-39*

El pensamiento de Cristo

«Un hombre, poseído por los demonios, y que hacía mucho tiempo que no llevaba vestido, ni moraba en una casa, sino en los sepulcros.» Si quisiéramos describirlo con una expresión contemporánea, diríamos que este hombre era incapaz de armonizarse con la sociedad. Pues no vivía entre los hombres «no moraba en una casa, sino en los sepulcros.» El Evangelio según san Marcos nos cuenta también que «andaba por los montes dando gritos e hiriéndose con piedras» (Mc 5:5), como si quisiera tomar una actitud positiva pero no podía controlarse. Así se ve la creación de Dios, la que en un principio, conforme al libro de Génesis, «era muy buena» (Gn 1:31); así de agresiva y confundida se ve después de haberse vuelto presa de Satanás.

En la curación del endemoniado, Jesús permitió que los demonios entraran en los cerdos. ¿Por qué? ¿Acaso era incapaz de echarlos de otra manera?

Con esta licencia Cristo buscó dos objetos para nuestra enseñanza:

Primero, que visiblemente comprendamos el poder invisible del odio del demonio, odio que Dios no le

permite ejecutar más allá de la capacidad del hombre: esta presencia, tan odiosa y tan dañina que puede provocar que miles de cerdos se arrojen en el mar, no puede dañar al endemoniado más allá de su propia fuerza.

Y segundo, Cristo quiso confirmar la dignidad del hombre que merece todo sacrificio para su salvación. Si bien toda la creación es «muy buena» a los ojos de Dios, el hombre es la creatura amada que hizo con sus propias manos (figura que ilustra un cariño especial) e «insufló –dice el Génesis– en su nariz aliento de vida»: es el alma digna de todo sacrificio material.

Frente a tal sabiduría celestial de Jesús, nos encontramos con la preocupación mundana del «hombre natural» del cual san Pablo dice en su primera Carta a los Corintios «no capta las cosas del Espíritu; son necesidad para él» (1Cor 2:14); pues la gente, al haber sido informada cuando «los que lo habían visto, les contaron cómo había sido salvado el endemoniado», en lugar de postrarse ante los pies de Jesús, «le rogaron que se alejara de ellos». La alegría de encontrar al endemoniado «sentado, vestido y en su sano juicio» fue ahogada por la tristeza del apego a los cerdos. En realidad, si bien el demonio moraba visiblemente en esta persona, dominaba también la mente, el interés y la vida de aquella muchedumbre; y mientras ellos le pidieron a Cristo que se alejara, el desendemoniado, curado ya, «se sentó a los pies de Jesús.»

Nuestra vocación, como cristianos, es la ascensión de nuestro hombre natural hacia el espiritual, Jesucristo, quien «lo juzga todo y nadie lo puede juzgar» (1Cor 2:16); en otras palabras, nuestra vocación es obtener el pensamiento de Cristo.

Retirémonos de la muchedumbre que, día a día, demanda a Dios por los cerdos; sentémonos con el liberado a los pies de Cristo, y sigámosle al barco de la salvación desde donde Él nos envía a proclamar «todo lo que Jesús ha hecho con nosotros.» Amén.



El Paraíso: ¿verdad o ilusión?

«¡Descansa, come, bebe y goza!»

Con estas palabras el rico de la parábola se felicitaba a sí mismo. ¿Acaso dicho estado no es «el paraíso perdido» del lenguaje mitológico –descanso, satisfacción y placer–, paraíso anhelado por muchos? El hombre de hoy planea: trabajaré fuertemente en la juventud para descansar y disfrutar de mis últimos años (¡como si supiera el momento preciso de su partida!). Sinceramente nuestro modo de pensar a menudo es muy parecido al del rico de la parábola.

¿Por qué las palabras de Jesús califican de ignorante nuestra actitud respecto a la búsqueda de este paraíso: «¡Necio!»?

Para Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, «el paraíso perdido» es una añoranza –que se ubica en la subconciencia– hacia el estado del feto en la matriz, donde la creatura come, bebe y descansa incesablemente. La hipótesis del psicoanalista logra, en cierto modo, trazar un perfil de la verdad: los anhelos religiosos no son *obra* de la civilización sino reacción genuina de la naturaleza humana; pero lo añorado no es el seno materno sino «el

regazo de Dios», del cual el hombre ha abortado a sí mismo. Lo que Freud llama «subconciencia» la Biblia denomina «corazón» y la filosofía griega, adoptada por los padres de la Iglesia, le designa como νοῦς «Noos»: el *ojo* espiritual del ser humano por cuyo medio se comunica con su Creador y lo busca; es lo que le privilegia como la creación amada de Dios. El hombre, en la comprensión cristiana, no es un animal social ni racional sino un ser litúrgico. La etimología da este sentido a la palabra griega ἄνθρωπος «ántropo»: el que puede mirar hacia arriba. Físicamente su constitución –ya que puede estar de pie– le posibilita observar cómodamente el cielo; así también su «memoria paradisiaca» le permite añorar lo alto y lo divino. Si bien la mitología de la antigüedad ha adulterado esta nostalgia con las pasiones carnales del mundo caído, la revelación bíblica –culminada con la Encarnación del Hijo de Dios– ha purificado la añoranza y ha devuelto al paraíso su sentido esencial como estado de convivencia con el Señor: «el Reino de Dios ya está entre (en) ustedes» (Lc 17:21). La necesidad del rico de la parábola consiste en que *desactivó* esta memoria. Sus *graneros* gigantescos le taparon la vista y ya no advertía más allá de su vida mundana.

Un placer –dice un filósofo– se vuelve dolor cuando te adviertes de que acabará pronto: ahora comes, al rato tendrás hambre; descansas, luego te cansarás o padecerás enfermedad. No era así con Adán en el Paraíso. Su permanencia con Dios garantizaba su permanencia en la dicha.

La Iglesia, como *voz que clama en el desierto*, no cesa de reavivar en nosotros la memoria del «Reino de Dios» como anhelo constante y criterio básico de nuestro pensamiento, sentimiento y actitud. Cuando el cristiano llena sus sentidos y los *espacios* de su vida con la Palabra de Dios, la Gracia obra en él mística e imperceptiblemente, transformando su *subconciencia* añorante en una conciencia verídica, y he aquí que se vuelve iniciado del Paraíso restaurado. Amén.



*Décimo domingo de San Lucas
Curación de la mujer encorvada
Lc 13: 10 -17*

El día del descanso

Cristo cura a una mujer en «sábado» y se enfrenta a la dureza de los fariseos que le reclaman haber trabajado en el día del descanso. Una vez más rompe las reglas sabáticas, para curar a una mujer encorvada y, a la vez, la mentalidad enfermiza que desconoce la voluntad de Dios y malinterpreta el mandamiento divino: «Santifica el día del *Shabat* (descanso).»

La importancia del «Sábado» en el Antiguo Testamento debe su origen al recuadro de la creación definido en el libro de *Génesis*. Dios creó el mundo entero en seis días y, viendo que «todo era muy bueno», bendijo el día séptimo y lo consagró como el día del reposo, día en el cual Dios descansó, no *de*, sino *en* su buena obra.

A partir de esta comprensión, podremos acceder a la esencia del mandamiento «santifica el día del Sábado» y asimilar su sentido verdadero y profundo: no es un día para que descanse yo, sino principalmente que Dios descanse en mí como su buena creatura, es decir, santa. En la Divina Liturgia, la oración del Trisagio, que el sacerdote

recita en voz baja, invoca al Señor: «Oh Dios Santo, que descansas en los santos...»

En nuestro «Shabat», que es el domingo (el día del Señor como lo significa la palabra en latín), nos dedicamos a todo lo santo, preparando el alma cual un tálamo adornado con virtudes: oración, caridad, mansedumbre, penitencia, serenidad, a fin de que sea digna de recibir al Señor de todo.

Cuando hablamos de la consagración de este día, no pretendemos contraponerlo a los demás días de la semana como no santos o inmundos; más bien el domingo será la fuente y el *motor* de santificación para todo el *Cronos* (el tiempo), ya que nuestra vocación es encomendar «nuestra vida entera a Cristo Dios», como entona el diácono en todas las letanías. Es una realidad tangible el hecho de que nuestro modo de vivir, intereses, ocupaciones y responsabilidades cotidianas, a menudo, nos hacen olvidar la meta principal; así que el domingo viene a recordarnos y a recalcar en nosotros la verdad que es ayer, hoy y para siempre: «Del Señor es la tierra y su plenitud, el mundo y los que lo habitan.» (Sal 24:1).

Desafortunadamente este *icono* sublime del día del descanso es muy ajeno al *weekend* que las sociedades «cristianas» conocen y practican. Sin embargo, la vida sincera de quienes «tienen oídos» no cesa de ser «voz que clama en el desierto: ¡preparad los caminos del Señor!»

Es el día del descanso: suspendamos las obras que impidan repose en nosotros el Señor. Es el día octavo, el objeto de toda la semana, de toda la vida, en el que el alma no quiere suspender, ni un instante, el clamor de san Juan el Teólogo: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22:20). Amén.



¡Sed o tibieza! ¡Excusas o motivos!

La comida, además de su función de satisfacer la necesidad del cuerpo, es un gesto de generosidad y de amor, de gratitud y alegría por la presencia del invitado o por el regreso de alguien que estaba de viaje (el hijo pródigo). Los paganos ofrecían banquetes místicos en señal de agradecimiento y respeto a sus dioses. Los judíos celebraban la cena pascual en la que confirmaban su Alianza con Dios recordando todo lo que había hecho con sus padres para salvarlos.

Tomando en cuenta todos estos sentidos, uno de los que acompañaban a Jesús exclamó: «¡Dichoso el que pueda comer en el Reino de los cielos!» Y Jesús le respondió con la parábola que hemos escuchado el día de hoy.

El Reino de los cielos es como una cena. Los invitados de privilegio se disculparon. Otros marginados y miserables entraron, también unos extranjeros fueron introducidos en la alegría del banquete.

Al contemplar la parábola, es probable que vengan a nuestra mente dos interrogaciones:

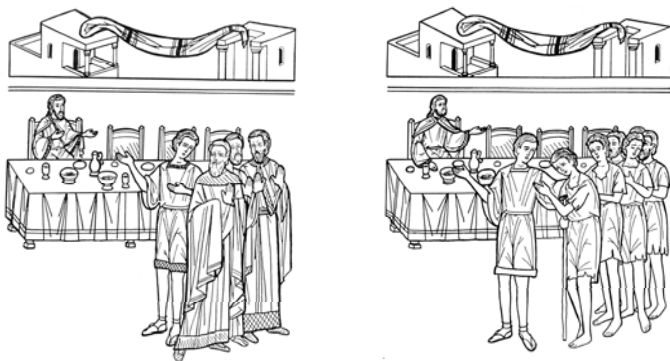
¿Por qué el anfitrión de la parábola no aceptó las excusas de los primeros invitados si son lógicas? Quizás la postura de Jesús nos sorprenda y escandalice, porque la mayoría de las veces nosotros tenemos pretextos parecidos: que el negocio, que la familia, que el campo, etc. Por ventura, ¿Cristo no quiere que trabajemos, o le satisface que descuidemos nuestros matrimonios y familias?

Y la segunda pregunta es que, ¿acaso el ser pobre o marginado es suficiente para convertirse en el dichoso que «puede comer en el Reino de los cielos»?

La respuesta a ambas preguntas, nos la proporciona la misma naturaleza de la comida. El hombre no se alimenta cuando le da tiempo, o cuando su familia u ocupaciones le permiten, sino que en medio de todas estas responsabilidades, el comer es una acción automática, una necesidad indispensable. El que tiene hambre es el que conoce la prioridad del alimento. «Mi alma ha tenido sed de Ti. ¡Cuántas veces también mi carne!», exclama el rey David a su Dios (Sal 62:1).

No son los pretextos los que apartan a los privilegiados del Banquete del Reino, sino la tibieza en su relación con Dios. Y jamás la miseria, en sí misma, introducirá a los menesterosos en «el gozo de su Señor», si no se genera en su alma «sed del Dios viviente» (Sal 41: 3).

Estando en las puertas de Navidad, la Iglesia lee esta parábola. Cristo, el nacido de la Virgen es Emmanuel, que traducido significa: «Dios con nosotros» (Mt 2:23). Entonces el Banquete del Reino celestial está puesto ya; el anhelo hacia Dios o la tibieza en buscarlo determinarán si las circunstancias de la vida son pretextos de nuestra ausencia o motivos para, en medio de ellas, alimentarnos de su Presencia. Amén.



*Décimo tercer domingo de San Lucas
El joven rico
Lc 18: 18-27*

Dura es la palabra de Dios

En la lectura evangélica de hoy, un joven vino a donde Jesús buscando «la vida eterna». Cristo le dijo *con el corazón en la mano*: «Todo cuanto tienes véndelo y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego, ven y sígueme.» Se lo dijo porque supo que la riqueza fue para este joven –como lo es para muchos– un tropiezo en el camino. Luego dice Jesús a sus discípulos: «Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el Reino de Dios.» Ellos se escandalizaron por la dureza de la palabra del Señor y, extrañados –al igual que nosotros–, dijeron: «Entonces, ¿quién se podrá salvar?» Y en otra ocasión, los discípulos le reclamaron: «Dura es esta doctrina, ¿quién puede escucharla?» (Jn 6:60).

Cuando el joven le respondió a Jesús: «Todo eso (los diez mandamientos) lo he guardado desde mi juventud», Jesús no lo justificó, como hubiera hecho cualquier maestro de la Ley, ni lo alabó, sino que «lo amó» –nos informa exclusivamente el Evangelista Marcos (Mc 10:21)–, y «al que ama el Señor, disciplina» (Heb 12:7). Cristo amó al Joven rico y, por eso, le ofreció esta vocación, que no era

tanto el «vende todo y repártelo a los pobres», sino el «ven y sígueme». Jesús, en su plena sabiduría, supo que el apego a lo material le impedía seguir la vocación.

Dice el Señor, por la boca del profeta Jeremías: «¿No es así mi palabra, como el fuego, y como un martillo golpea la peña?» (Jr 23:29). También dice: «He venido a arrojar un fuego sobre la tierra [...] ¿Creen que estoy aquí para dar paz a la tierra? No, se lo aseguro, sino división.» (Lc 12:49-51). El camino que Cristo ofrece no se identifica con una religiosidad ligera que busca «paz» que acaricia nuestras emociones religiosas; Él no adorna las dificultades para que aparezcan atractivas, sino que llama a las cosas por su propio nombre.

La verdad es que una persona rica en su dinero, a menudo se preocupa por éste a tal grado que llega a considerarlo como el «salvador»; y sin darse cuenta, la abundancia de riquezas lo va empujando hacia la idolatría, de donde caerá. Jesús dispone como salida de esta *trampa* repartir y compartir la riqueza con los necesitados. Es cierto que uno solo no puede resolver los problemas de la pobreza en el mundo, pero sí todos –estemos donde estemos– nos topamos con pobreza. Entonces compartamos con los que necesitan de nosotros, en cuyo camino Dios nos ha puesto; que nuestra ayuda sea verdadera y efectiva y no simbólica. La virtud de esta acción es doble: quema la adhesión al dinero que está en mi interior, y con la caridad afirma el amor hacia mis hermanos.

Quizás esta práctica turba a uno si las riquezas lo tienen sometido, pero recordemos que la bondad y la salvación cristianas requieren de fatigas, esfuerzo, sacrificio y dominio de sí, porque la palabra de Dios es «como fuego, como un martillo que golpea la peña.»



¡Señor, ten piedad!

El ciego «empezó a gritar diciendo: “¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!”»

El grito es una fuerte reacción natural que surge de la necesidad, la incapacidad y el dolor. Aún es más fuerte la expresión «ten piedad» que goza de un lugar muy privilegiado en la tradición cristiana y la repetimos frecuentemente durante los Servicios litúrgicos, tres, doce o cuarenta veces. No se trata de una repetición hueca, sino de un tocar insistente, de una espera confiada y de una encomienda constante de nuestra vida –con sus aflicciones y alegrías– en las manos de Cristo nuestro Dios.

Sería propio mencionar el gran vigor que esta expresión tiene en el idioma árabe: *irjam*, verbo derivado de *rájem* que significa «matriz». En este sentido, «piedad» es lo que la madre le da de vida al embrión. Entonces, el «apiadarse» no es un estado de solidaridad que le pedimos a Dios que tenga por nosotros, sino una acción vivificadora. No es que pidamos a Dios tenga mera compasión o lástima por nuestras miserias, sino que actúe en nosotros y nos revivifique, santificando, iluminando y divinizando nuestra vida. Ésta es la esencia del clamor.

El libro de los Salmos está lleno de la súplica: «Apiádate de mí, oh Dios». La santidad del rey David, quien los compuso, no se debe a su estado exento de pecado –ya que su vida, en ciertos momentos, había sido manchada con sangre y con actuaciones indebidas–, sino más bien a su preocupación e iniciativa para advertir sus propias transgresiones, confesarlas y exclamar con fuerza: «ten piedad de mí, oh Dios, según tu gran misericordia» (Sal 50:1). El que grita es porque tiene dolor, pero quienes no sienten dolor alguno, no necesariamente están sanos, y la anestesia sólo hace olvidar el dolor pero no cura la enfermedad. «Si decimos: “No tenemos pecado”, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia.» (1Jn 1:8-9)

El pecado mayor consiste en que a menudo nos distraemos de la vigilia de nuestra vida y nos anestesiemos con la indeferencia y el olvido. Quizás fuera mejor, en todo caso, que caigamos delante de Dios, que nos postremos ante Él pidiéndole misericordia: «Señor, ten piedad». Es entonces cuando Él, a través del *cordón umbilical* de nuestra confesión, nos da de su propia vida, vida verdadera, luz fulgurante que penetra nuestra oscuridad y abre los ojos de nuestro corazón. Amén.

Elementos de conversión

En el *icono* del pasaje que leemos hoy del evangelio según san Lucas, contemplamos cuatro componentes:

Zaqueo: un hombre pecador que tiene el anhelo para ver a Jesús, para contemplar a Aquél cuya Presencia ha de reprochar su vida; un anhelo de lo que jamás ha experimentado; una curiosidad para ver al que cura las dolencias, al que se digna convivir con los pecadores y conoce lo oculto del corazón. Sin lugar a duda, este publicano huía siempre de las multitudes para evitar que sus actos saliesen a la luz; sin embargo, he aquí que comparece por su propia iniciativa y, más aún, sobresale su presencia, atraído por el anhelo que venció su orgullo y sus defectos, que *era de pequeña estatura*.

El sicómoro: o podemos decir «el santo sicómoro», ya que «santo» es un calificativo que indica un modo de usar las cosas de nuestro mundo: todo lo que nos induce en la Presencia del Señor y nos une a Él es santo. Santa lectura, santos iconos, santa palabra, santa oración, santo templo... todos no son sino *sicómoros* que transforman el anhelo de Zaqueo en certeza de la Presencia del Señor, y en contemplación de su Rostro.

Jesús: mientras que Zaqueo sube al sicómoro para conocer a Jesús, resulta que el Señor lo conoce a él y le llama por su nombre: «Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy Yo me quede en tu casa.» Como si lo estuviera esperando desde antes. El esfuerzo necesario que Zaqueo ofrece, le permite recibir la Gracia del Señor siempre otorgada. No es que cuando subió al árbol vio a Jesús nada más, sino que también palpó y apreció que era conocido por Él desde siempre. La penitencia de Zaqueo consiste en reconocer que, con todo lo pecaminoso que su vida es, el Señor lo conoce y pide estar *en su casa*.

La muchedumbre: estaba presente y murmuraban en su corazón en torno a Jesús: «Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador.» Ellos, aunque estaban en contacto físico con Cristo, sin embargo, en sus juicios y pensamientos andaban lejos de Él. Y como no han querido tener el contacto personal que Zaqueo tuvo, seguirán murmurando a Dios, criticando sus decisiones, y excluyéndose ellos mismos, de la salvación.

Separémonos de esta muchedumbre, y busquemos los propios sicómoros que nos posibiliten ver, como Zaqueo, que «Dios con nosotros está.»

**Homilías de
la temporada cuaresmal**

Humildad y justicia

Hoy se inicia el período preparatorio a la Gran Cuaresma, que consiste en cuatro domingos. El primero de ellos es precisamente el del Fariseo y el Publicano.

Como una introducción a este ciclo, en los últimos domingos hemos oído hablar a los padres del deseo intenso de Zaqueo por ver al Señor, y de la actitud de la mujer cananea que busca sin desmayos, humilde y pacientemente, la gracia de Dios. En verdad, este tiempo es muy propicio para llevar adelante un mayor esfuerzo y disponer nuestro cuerpo y alma a virtudes y anhelos semejantes a los de estos dos personajes bíblicos.

Es por eso que, mediante el relato del fariseo y el publicano que suben al templo a hacer oración, la lectura evangélica de hoy nos muestra claramente el camino correcto para acercarse a Dios y establecer con él una relación sincera y profunda.

El fariseo comienza su oración enumerando todas sus virtudes y ensalzándose: «No soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano.» Como si dijera: «Yo

no soy pecador.» Una persona que se considera a sí misma lejana de todo pecado y dueña de toda obra buena: «Ayuno dos veces por semana y doy el diezmo de todas mis ganancias.» ¿Qué circunstancia lo empujaría a buscar la misericordia de Dios? En realidad, ninguna: se complace plenamente *consigo mismo*. Ciertamente no pide misericordia, más bien reclama que se le reconozcan los méritos de su propia justicia. ¡Qué arrogancia y que ceguera! Arrogante porque en lugar de clamar: «Te alabaré, Señor, con todo mi corazón y glorificaré tu nombre para siempre» (Sal 86:12), prefiere alabarse a sí mismo y hasta felicitarse. Y ciego porque no alcanza ver que en su corazón no hay sitio para Dios, porque su lugar está ocupado por el egoísmo, la soberbia, la ingratitud y el menosprecio a los demás.

Todo lo contrario es la disposición espiritual del publicano. Se humilla, reconoce sus pecados y pide misericordia. Está insatisfecho consigo mismo y descontento con sus obras: se abaja y lo confiesa. Quiere transformarse interiormente y en sus acciones exteriores. Volverse a Dios y darle la espalda a su vida de pecado. Tiene arrepentimiento. Es pobre de espíritu. Dios lo escucha y lo hace partícipe de su justicia divina.

Los Padres del Desierto lo sintetizan todo en un Apotegma: «Es preferible un hombre que ha pecado y reconoce sus faltas y se arrepiente, que otro que no ha pecado y piensa de sí mismo que es justo.»

No nos tengamos por justos ni despreciemos a los demás, mejor clamemos con el publicano: «¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!», y el Señor nos hará partícipes de su justicia. Amén.



*2º. domingo preparatorio a la Cuaresma
Domingo del Hijo Pródigo
Lc 15: 11-32*

Eucaristía de penitencia

La Cuaresma es, por excelencia, la temporada penitencial en la que la Iglesia nos incita a ingresar por «las puertas de la contrición» y gustar la dulzura de este modo de vivir. Parte de la preparación para la Cuaresma es la lectura de la parábola del Hijo Pródigo que nos expone los sentidos positivos de la penitencia y del retorno hacia una vida sujeta, por propia voluntad, al cuidado paternal.

En la parábola, Jesús enfatiza el alimento que el hijo comía en ambos estados, pecaminoso y penitencial; pues en su partida come algarrobas con pasiones, y he aquí que regresa y come el novillo cebado con alegrías. El placer que el sabor de las algarrobas dejaba, terminaba en amargura de soledad y de vacío, mientras la participación en el banquete de la casa paternal anunciaba una alegría que mira hacia el futuro con los ojos de la gratitud.

El encuentro con el Padre clemente y la experiencia de la reconciliación y del perdón gratuito son efectuados en medio de la Eucaristía.

Nuestra penitencia es examinada, a cada día, a la luz del llamado temible de la Eucaristía «Tomad y comed [...] Bebed de él todos [...]»: es el llamado del Padre compasivo y amoroso, Quien busca perpetuamente a su rebaño. El mundo exhibe ante nuestra vista todos sus engaños y redes, mientras el Señor nos extiende su banquete: divino Cuerpo y Sangre. El pecado y el arrepentimiento consisten en prevalecer uno u otro de los dos ofrecimientos.

«Traigan el novillo cebado, mátenlo, comamos y celebremos una fiesta»; el santo Cáliz, y la exclamación del Cantor «¡Gustad y ved, qué dulce es el Señor!» –durante la Cuaresma– son capaces de estimularnos a decir la antigua frase litúrgica «váyase el mundo y venga la Gracia», que inclinemos la balanza a favor del «Pan esencial» en vez de las pasiones. El Cáliz de la Eucaristía, cuando lo contemplamos elevado, alza en nosotros la decisión: «Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante Ti [...], trátame como a uno de tus jornaleros.» Él entonces ofrece su banquete generosamente: comemos y nos regocijamos.



*2º. domingo preparatorio a la Cuaresma
Domingo del Hijo Pródigo
Lc 15: 11-32*

Ejemplo de penitencia

«Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde.»

¡Cómo se parece la mentalidad del hijo menor a la nuestra! Pues, ¡cuántas veces nos expresamos rebeldemente –«Es mi vida, la paso a mi modo; haré lo que yo quiera y cuando quiera», etc.– y rechazamos ser obedientes en cualquier cosa como si la obediencia limitara y lastimara nuestro ser! También, respecto a la ética y la doctrina cristianas, a menudo se escuchan objeciones insubordinadas: «Y, ¿quiénes son los Santos Padres para que me expliquen la Biblia? Yo también tengo el Espíritu Santo que me enseña directamente.» Es la «libertad» que el joven de la parábola pide y que Dios nunca se niega a dar: porque el amor paterno es incapaz de forzarnos y de impedirnos la partida a un «país lejano»; se queda siempre a la espera de nuestra permanencia y regreso a la sombra del cuidado paterno.

La Iglesia, estando a los umbrales de la Cuaresma, nos plantea esta parábola como un ejemplo de arrepentimiento de tal rebeldía. Pues el arrepentimiento no consiste en contar pocas o muchas faltas que se han cometido –aunque éste es un

ejercicio necesario en nuestra vida espiritual– sino en cambiar el criterio o la filosofía de vivir, y obtener lo que san Pablo denomina «el pensamiento de Cristo» (1Cor 2:16). De hecho, la palabra griega «μετανοία» *Metania* –traducida como arrepentimiento o penitencia– significa literalmente cambiar la mente y la vida.

Este cambio lo podemos observar, en la parábola del Hijo Pródigo, en la transformación de la filosofía de quien «se marchó a un país lejano» en una actitud penitencial: «me levantaré, iré a mi padre».

«Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió...» Pues aunque el hijo se marchó, estaba «todavía lejos»: el encuentro se hizo porque el padre «corrió»; si el arrepentimiento es algo que comienza con una reacción nuestra «volviendo en sí mismo», no obstante es una Gracia de Dios, un rayo de luz que penetra en nuestro corazón deleitándolo con gozo infinito, siempre y cuando lo busquemos.



3er. domingo preparatorio a la Cuaresma
El recuerdo del Juicio Final
Mt 25: 31-46

La báscula del juicio

Estando a las puertas de la Cuaresma, nuestra Iglesia conmemora el Día del Juicio, es decir, la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo. La lectura del Evangelio enfatiza el criterio del Juicio Final, y lo que leemos está claro: seremos juzgados según la medida de nuestra misericordia, es decir, la medida de nuestro amor.

La palabra «amor» a menudo es manipulada o malentendida. El pasaje bíblico destaca las palabras de nuestro Señor Jesús cuando dice: «cuanto *hicieron* a uno de estos hermanos...» Entonces no se trata de un término abstracto ni de emociones y sentimientos sino de acción. Nosotros, pues, seremos separados entre *ovejas* y *cabritos* –como lo ilustra la imagen de la parábola– según nuestras obras de amor.

Erróneamente, el amor es limitado a tan sólo un afecto pasivo. Quizás podamos tener sentimientos de antipatía y rechazo hacia cierta persona, pero si nos comportamos con ella con delicadeza y amor, transformamos, a través de la lucha, nuestro odio en caridad y clemencia. Por otro lado, podemos tener en nuestro interior el sentimiento más delicado hacia alguien y sentirnos emocionalmente

dependientes de él, pero a la vez tratarlo con hostilidad.

El amor significa, sin duda alguna, ceder a los demás el primer lugar, y el egoísmo es exactamente lo contrario, es decir, tomar para mí la primacía y dejar al prójimo lo último. Que yo ame a alguien equivale a que quiera y desee darle a él el primer lugar, amarle más de lo que me quiero a mí mismo y desearle el bien a él antes que a mí.

La Cuaresma, cuando va de la mano con las obras de la misericordia, constituye un gesto de abstinencia que nos lleva a abandonar nuestro egoísmo y nos estimula a despojarnos del hombre viejo y a proclamar al nuevo. En ella, dejamos atrás todos nuestros malos deseos, nos abstenemos de los intereses que nos llevan a la perdición, y aprendemos a ver y considerar a «los hermanos más pequeños» del Señor y apreciar en ellos su Presencia. Y así se inclina la balanza favorablemente: «Conviene que Él crezca, y que yo mengüe» (Jn 3:30).



4º. domingo preparatorio a la Cuaresma
Domingo del Perdón
Mt 6: 14-21

La expulsión de Adán

En el domingo presente, último antes de iniciar la Cuaresma, la Iglesia recuerda la expulsión de Adán del paraíso.

El engaño que Satanás planteó ante los ojos de Adán –y no ha dejado de hacerlo– es que el hombre es capaz de vivir sin Dios y de lograr su propia satisfacción. Y mientras la *trampa*, figurada en el relato bíblico en el fruto, es tan sólo un atractivo externo –«la mujer vio que el árbol era bueno para comer y apetecible a la vista» (Gn 3:6)–, el resultado del acceso a su seducción concluirá sin lugar a duda en amargura: es la amargura de la expatriación del hombre lejos de Dios y su propia *excomunió*n.

El ayuno es una marcha de regreso que implica apartarse del egoísmo soberbio y dirigirse hacia Dios y los demás. El ayuno no es una condición requerida para obtener cierta justificación –error común que la parábola del fariseo y el publicano advirtió claramente– sino una invitación para un cambio: cambiar el amor propio (el yo) por el amor a quienes están fuera de mis limitaciones (Dios y los demás). Esto es lo que hace que el ayuno sea

hoy más importante que nunca, ya que vivimos en la era del individualismo.

Cuando ayunamos, nos abrimos a los demás y a sus necesidades; cuando ayunamos, sentimos lo que es el hambre y comprendemos que «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4:4). La esencia del ayuno es obtener esta hambre, no de comidas, sino de Dios; dejar a un lado el interés mundano –siempre justificado y natural– para disponer más espacio a la acción del Espíritu. La Cuaresma es un ambiente espiritual en el que vamos creyendo, más y más, y asimilando que «la necesidad es de uno solo» (Lc 10:42): de Dios, Quien nos alimenta con su Gracia. Y cuando llega la Pascua, meta de toda la peregrinación cuaresmal, advertimos que, en Él, ya lo tenemos Todo.

El ayuno es más que una obligación, es una necesidad, un ejercicio espiritual que procura sensibilizarnos y transformar la regla que suele regir nuestra vida «comer, consumir y recibir lo más que se pueda» en «ayunar y dar amor lo más que pueda yo».

Adán que atraído por lo «apetecible a la vista» ha perdido la dulzura del Paraíso, regresa con la vigilia de los sentidos y los deseos a ver la Luz, y su vida vuelve a ser el jardín donde «Dios se paseaba a la hora de la brisa» (Gn 3:8) y a toda hora. Amén.

*4º. domingo preparatorio a la Cuaresma
Domingo del Perdón
Mt 6: 14-21*

Mañana ayunamos

La Iglesia nos ha preparado en los tres domingos anteriores para la Cuaresma, exponiéndonos la humildad del publicano, la penitencia del hijo pródigo y el recuerdo del Día Final. En este último domingo antes de la Cuaresma que mañana iniciará, la lectura evangélica –tomada del Sermón de la Montaña– nos plantea tres bases indispensables del ayuno que garantizan mantenerlo firme:

El perdón. Después de enseñar a las multitudes como orar «Padrenuestro», el Señor enfatiza la condición «como nosotros perdonamos a nuestros deudores»: «si ustedes perdonan a los hombres sus ofensas, les perdonará también a ustedes su Padre celestial». La Iglesia, contemplando en el perdón la *visita* hacia cualquier labor espiritual, lo plantea en este día que anuncia la Cuaresma como actitud vital: «Si al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda» (Mt 5:23). La expresión «¡Perdóname, hermano!» es la clave de la Cuaresma, y la respuesta amorosa «¡Dios es quien

perdona!» es la cifra de la paz interior. En una charla de san Casiano con un monje, le decía éste: «Padre, tengo cuarenta años que el sol no me ha visto comer.» Le contestó el santo: «Yo tengo los mismos cuarenta sin que el sol me haya visto enfurecerme.»

Una actitud radiante. Si bien el ayuno en sí lleva cierto sentido de arrepentimiento y tristeza por un estado pecaminoso, los Padre de la Iglesia lo identifican con una «tristeza resplandeciente». Todo el que ha participado sinceramente en la experiencia de la Cuaresma conoce el júbilo específico que brilla en el alma durante estos días. Y la apariencia exterior debería reflejar esta naturaleza *primaveral* de la Cuaresma: «Tú, en cambio, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro», como dice la lectura evangélica. Un aspecto miserable y descuidado llamaría la atención de la muchedumbre que reconocería el esfuerzo humano y lo alabaría; pero un ayuno verdadero es el ejercicio espiritual que atrae la luz a la vida de uno, y la luz se refleja en todo el ser, alma y cuerpo; esto es lo que Dios, «que ve en lo secreto», observa y recompensa con Gracia abundante.

La caridad. La práctica primitiva del ayuno en el Cristianismo tuvo un sentido comunitario predominante. Un testimonio del Siglo IV señala que en Roma no había ni un solo pobre, ya cristiano ya pagano, porque «los cristianos ayunaban y daban de sus ahorros a los menesterosos». Entonces el ayuno abre nuestra mente a un *negocio* nuevo y próspero:

«Acumulen tesoros en los cielos». Cuando ayudas a tu prójimo, dice san Juan Crisóstomo, resulta que le debes el favor porque te ha permitido acumular «tesoros en los cielos». Entonces, parte esencial de la Cuaresma consiste en voltear la mirada a los «hermanos más pequeños del Señor» (Mt 25:40).

Con el perdón accedemos, con la caridad acumulamos, y con la luz irradiamos el tesoro adquirido: «¡Donde está tu tesoro, ahí está también tu corazón!»



La visión de Dios

En la lectura evangélica de hoy Felipe le dice a Natanael: «Hemos encontrado a Aquél de quien escribió Moisés en la Ley y anunciaron los profetas: Jesús el hijo de José, el de Nazaret.»

El primer domingo de la Cuaresma, llamado el domingo de la Ortodoxia, recordamos el triunfo de la recta fe cuando, en el año 843, la emperatriz Teodora salió acompañada por el clero devoto y el pueblo piadoso en una procesión, levantando de nuevo los iconos después de una guerra tensa cuyo objeto incumplido era destruir todos los iconos y prohibir su uso en la devoción cristiana.

Aunque los iconoclastas eran apoyados por emperadores, no obstante, los fieles –monjes y casados, clero y pueblo– conservaron la veneración de los iconos como un tesoro precioso y los defendieron: algunos con palabras y refutaciones, y otros con sangre y martirio.

¿Qué relación une el pasaje evangélico de hoy (el llamado a Natanael) con el recuerdo de la Restauración de los santos Iconos que hoy celebramos?

Si observamos el tema de la discusión entre los dos discípulos («Hemos encontrado a Cristo») y la

frecuencia con la que aparece el verbo «ver» y sus sinónimos en el texto (siete veces), entendemos cómo la Iglesia relaciona la lectura de hoy con los iconos: ¡es un pasaje que santifica la visión!

La visión de Dios era siempre el deseo fervoroso del hombre del Antiguo Testamento, aunque este anhelo no se le cumplía aún. Las revelaciones divinas más claras en el Antiguo Testamento han sido otorgadas a Moisés y a Elías. Cuando Moisés pidió ver la divina gloria, Dios le dijo: «Al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado [...] pero mi Rostro no se puede ver.» (Ex 33:21-23). Elías, por su parte, nada más escuchó su voz «en el susurro de una brisa suave», y «cubrió su rostro con el manto» (1Re 19:12-13). Es así como Dios comenzó a revelarse, cada vez más, hasta llegar la plenitud de los tiempos.

En el Antiguo Testamento, Dios no fue visto sino que se reveló al hombre por medio de sus acciones, intervenciones y orientaciones en la historia de la Salvación. Y con la prohibición del Decálogo: «No te harás escultura ni imagen alguna, ni de lo que hay arriba en los cielos ni de lo que hay abajo en la tierra [...] No te postrarás ante ellas ni les darás culto» (Ex 20:4-5), procuraba impedir que el hombre se hiciera víctima de la idolatría al querer hacer la representación de lo que no había visto ni conocido. Pero con la Encarnación del Hijo, Dios se nos ha revelado en cuerpo; lo hemos visto, «lo hemos encontrado», como lo dijo Felipe a Natanael;

entonces, conforme a las palabras de san Juan Damasceno: «Esta prohibición no pertenece a la Iglesia del Nuevo Testamento ya que Dios ha aceptado la naturaleza humana y ha vivido en la tierra como hombre [...] Ya que el Invisible se hizo visible por su encarnación, pueden pintar a quien se ha contemplado: pueden pintar a mi Salvador, su Nacimiento, Pasión, Crucifixión, Resurrección.»

El icono es un instrumento que nos enlaza con Dios, a Quien solemos olvidar durante la mayor parte del día. El icono nos coloca en la Presencia de Él y nos recuerda su llamado: «Estoy a la puerta y llamo» (Ap 3:20). Entonces, ¿cómo no venerarlo y exaltar su lugar en nuestra vida!

¡Ante Ti, oh santo Icono del Padre, Jesucristo, nos postramos en adoración!, pues «al Señor, tu Dios, adorarás y a Él solo servirás.»



*Primer domingo de la Cuaresma
Domingo de la Ortodoxia
Jn 1: 43-51*

¡Ven y verás!

¡Qué confianza tan grande es la que llevó a Felipe a decirlo!

Natanael le estuvo hablando con la lógica: «¿Acaso de Nazaret puede salir algo bueno?», ya que no hubo antecedentes. Y además estuvo fiel en su comentario a lo que ambos habían aprendido del estudio del Antiguo Testamento: el Mesías vendría de la ciudad de Belén conforme a las profecías. Pero Felipe no retrocedió. Su encuentro con Cristo le dejó una certeza que no podía explicar ni defender más que con la expresión «¡Ven y verás!» Sabía que a su amigo Natanael le iba a suceder lo mismo que a él. Como si le dijera: No voy a discutir contigo, ven y te convencerás no con la razón sino con todo tu ser.

Algo parecido pasó con un anciano en el Monte Athos (la cuna del monaquismo ortodoxo). Llegaron con él unos filósofos alemanes, casi ateos, con el fin de analizar en su *laboratorio* el modo de pensar de los monjes. Le preguntaron al padre Paísio: «¿Qué pruebas tienes de que Dios existe?» Él, después de una pausa, les contestó: «Lo único que sé es que sí existe y provee a todo, ¿verdad que

sí?», preguntó a una lagartija que paseaba en el jardín, y el animalito movió la cabeza confirmando lo dicho.

¡Ven y verás! ¡Una certeza poderosa! ¡Una fe milagrosa!

Conforme a la lectura evangélica de hoy hay tres etapas en la vida cristiana, tres modos de conocimiento:

- Un conocimiento didáctico «religioso»: Felipe y Natanael indagaban las lecturas del Antiguo Testamento; buscaban descifrar el tiempo y el lugar de la llegada del Mesías. Se trata de un entendimiento racional, informaciones necesarias, catecismo instructor.
- Un conocimiento por el encuentro: el encuentro con Jesús y la convivencia con él es un conocimiento que dio a Felipe la certeza, y que convirtió a Natanael: antes hablaba del Mesías según lo que había aprendido de sus lecturas, ahora, después del encuentro, confiesa: «Tú eres el Hijo de Dios, el Rey de Israel». Una vida cristiana no consiste en recopilar anécdotas sobre Cristo, los Apóstoles y los Santos sino, más bien, en convivir con Él y con ellos, hacer que sus palabras sean nuestras, y su compañía, una alegría constante. Este conocimiento es adquirido a través de la oración, vida virtuosa y todo lo que nos hace percibir su Presencia amorosa: Comunión, incienso, iconos, velas... Y

el encuentro nos guía al tercer conocimiento que el Señor lo describe así:

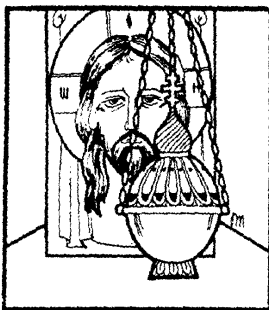
- «En verdad les digo: verán abierto el cielo, y a los ángeles de Dios subir y bajar sirviendo al Hijo del hombre.» Es la vida de los santos que llegan, después de un camino largo de lucha que todos hemos de cruzar, a vivir el cielo aún estando en el mundo: una unión total con el Señor.

El día de hoy recordamos la Restauración de los Santos Iconos, defendemos y anunciamos nuestro cariño y devoción hacia ellos, que nos instruyen en los tres conocimientos antes mencionados:

- El icono nos catequiza: lo mismo que las palabras dicen, los colores enseñan. ¿Cuántos analfabetos, en la historia, conocieron la Palabra a través de la iconografía?
- El icono nos coloca al encuentro del Señor: cuando observamos el icono de Cristo Pantocrátor, percibimos que estamos en su Presencia, que Él está escuchando nuestra súplica e interviene por nuestra Salvación. Recuérdese que Jesús veía a Natanael desde «cuando estaba bajo la higuera», pero éste no lo comprendió, no asimiló su omnipresencia hasta que se encontró con el Rostro de Jesús.

- Y, finalmente, el icono nos une a Dios: es una ventana en nuestro mundo desde la cual nos asomamos a la eternidad donde están todos los Santos y los Ángeles sirviendo al Señor: ¡verán abierto el cielo!, dijo el Señor a los dos discípulos. La luz que brilla de todo detalle de la iconografía bizantina nos invita a participar de la Luz divina que el Señor hace resplandecer en nuestra vida.

¡Ven y verás! ¡Ven y ora verdaderamente ante su Rostro! Entonces no querrás entrar en discusiones de que si existe o no, sino que dirás como el profeta Elías: «¡Vive el Señor ante Quien estoy de pie!» (1Re 17: 1). Amén.



*Segundo domingo de la Cuaresma
Domingo de San Gregorio Palamás
Mc 2: 1-12*

San Gregorio Palamás

San Gregorio Palamás, un monje del Monte Athos y luego arzobispo de Tesalónica (Siglo XIV), se encargó de refutar el filosofismo de Barlaam, un italiano de origen griego cautivado por la filosofía griega. Así se enfrentó la espiritualidad ortodoxa con el racionalismo occidental:

- **Barlaam** exageró en venerar a los filósofos al grado de considerarlos iguales a los apóstoles; identificaba o, más bien, confundía la sabiduría divina con la mundana; para él, ambas, tienen el mismo objeto, esto es, encontrar la verdad que, mientras a los apóstoles fue otorgada por revelación, a nosotros nos ha sido dada por el estudio y la investigación (según Barlaam). San **Gregorio Palamás** rechazó rotundamente esta identificación entre las dos sabidurías apoyándose en las palabras de san Pablo: «Como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina Sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necesidad de la predicación» (1Cor 1:21). Mientras el rango de la filosofía es conocer la creación, el de la fe es el conocimiento de Dios que «se nos ha revelado».

- El hombre, según **Barlaam**, es materia (cuerpo) y espíritu, que son elementos independientes pegados frágilmente; un día serán separados de modo definitivo, y antes de que este enlace sea disuelto, es imposible conocer a Dios. En cambio, **Palamás** enfatizaba que el ser humano es una unión absoluta de cuerpo y alma, y Dios se ha revelado a esta unión. La Esencia de Dios es incomprensible a los hombres, sea en esta vida o en la venidera, aunque sí es alcanzable a nuestro ser, y desde la vida presente, el conocimiento de Dios por la Gracia divina y no Creada; «para que os hicierais partícipes de la naturaleza divina» (1Pe 1:4).
- **Barlaam** decía: La iluminación que se llevó a cabo en el monte Tabor (durante la Transfiguración del Salvador) y todas las demás iluminaciones efectuadas en este mundo y perceptibles a nuestros sentidos, son luces creadas o ilusión, mientras que el conocimiento supera los sentidos. **Palamás** le contestó: la divina Luz es eterna y no creada, y nosotros los hombres, tal como somos en nuestra limitación, hemos sido dignos, por la infinita misericordia de Dios, de participar de esta Luz.
- La oración, según **Barlaam**, es una práctica ajena al cuerpo y pertenece únicamente al alma; así que la óptima oración es efectuada cuando la mente abandona el cuerpo. En cambio, la visión cristiana (la de **Palamás**) defiende el cuerpo como morada de la divina Luz: «¿No sabéis que

vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?» (1Cor 7:19). Lo que el cristiano busca no es librarse del cuerpo sino de «las obras de la carne» (Gal 5:19).

Los escritos de Palamás fueron fruto de todo lo que había vivido y experimentado; en cambio, la ideología de Barlaam fue resultado de un estudio racional, cuyo rango seguramente no es lo divino. La Iglesia conserva la memoria de san Gregorio Palamás en el segundo domingo de la Cuaresma, enfatizando que la vida virtuosa, la oración sencilla, la humilde postración y la purificación de los sentidos forman la puerta que abrimos para que la Gracia de Dios ilumine nuestra noche racional.



«Tome su cruz» y «sígame»

Nuestra Iglesia Ortodoxa dedicó el tercer domingo de la Cuaresma a la Postración ante la vivificadora Cruz. Los cantos del día son prolongación de los de la fiesta de la Exaltación de la santa Cruz (14 de septiembre), con la observación de que, en la presente ocasión, un énfasis especial se efectúa sobre la cruz personal de cada cristiano. Así que, mientras el 14 de septiembre la lectura evangélica es sobre la crucifixión de nuestro Señor, en el pasaje que leemos hoy, Jesús llamó a la gente, a la vez que a sus discípulos, y les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.»

«Tome su cruz» no tiene sentido sin el «sígame». Pues todos –cristianos o no, comprometidos o no, queramos o no– nos enfrentamos con cruces que son parte de la naturaleza de esta vida corrupta: cansancio, enfermedades, muertes, etc.; y la experiencia de perder a un ser querido es un ejemplo vivo de la cruz que todo hombre tiene en la vida. En este sentido la cruz es dolor y tristeza. Pero la cruz cristiana está acompañada con el imperativo «sígame»; ella ha de ser a la imagen y

semejanza de la del Señor, lo que implica dos particularidades:

Primera, Cristo, exento de todo pecado y culpa, fue crucificado por nosotros; y el amor del cristiano, a Dios y al prójimo, le hace asumir la cruz no por obligación sino por convicción, no por realismo pasivo sino por iniciativa esperanzadora. Sin esta comprensión, el sacrificio, la humildad y la propia negación se hubieran vuelto unos conceptos irrazonables, pero el ejemplo de Jesús los muestra como actitudes necesarias y congruentes con la vida del que «quiere venir en pos de Mí».

Y la segunda particularidad es que la Cruz de Cristo y su Resurrección forman dos caras de la misma moneda (la portada del Evangelio litúrgico que se coloca sobre el altar en el templo ortodoxo tiene de cada lado uno de estos dos iconos). Cruz sin resurrección es muerte; dolor sin esperanza es blasfemia; arrepentimiento sin frutos es melancolía; ayuno sin sed de Dios es una mera dieta. La alegría, entonces, es un elemento básico en nuestra postración ante la preciosa Cruz: «Cantemos jubilosos y engrandezcamos con alabanzas la preciosa Cruz», dice un canto de los Maitines. En la lectura evangélica, la vocación del discípulo «tome su cruz y sígame» está acompañada con la alegría del objeto esperado: «En verdad les digo, que entre los aquí presentes hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean venir con poder el Reino de Dios.»

El feligrés, cruzando el desierto de la Cuaresma lleno de tentaciones y dificultades, se cansa, se aburre y quizás pierde el sentido; entonces, los Padres de la Iglesia plantan en medio de los días cuaresmales la Cruz, el Madero vivificador, reafirmandonos en el camino de la lucha. Los peregrinos atraviesan un camino escabroso; al cansarse, se sientan abajo de un árbol frondoso para descansar y, fortalecidos, completar lo que les falta.

Abrasémosla con fe: «Ante tu Cruz, oh Señor, nos prosternamos; y tu santa Resurrección glorificamos.»



*Cuarto domingo de la Cuaresma
Domingo de San Juan Clímaco
Mc 9: 17-31*

El poder de la fe

«Mi hijo tiene un espíritu mudo y, dondequiera que se apodera de él, lo derriba, le hace echar espumarajos, rechinar los dientes y lo deja rígido.» Ante esta creación sufriente, Jesús mostró su compasión y voluntad de que «todos se salven y hacia el conocimiento de la verdad se adelanten» (1Tim 2:4).

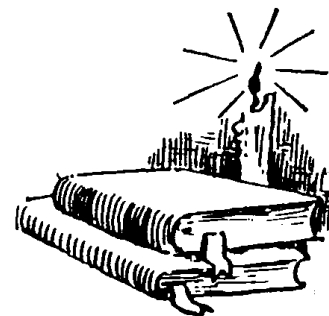
En los tres evangelios sinópticos (según san Mateo, Marcos y Lucas), la curación de este epiléptico sigue al suceso de la Transfiguración cuando Cristo se manifestó en su gloria ante los tres discípulos: Pedro, Juan y Santiago. Ellos quisieron quedarse más tiempo –o todo el tiempo– sobre el monte de Tabor: «Maestro, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías» (Mc 9: 5). Pero el Señor ignoró su propuesta y decidió bajar del monte de la Transfiguración con ellos para encontrarse con el hombre y sus angustias. La Gloria de Cristo, que se manifestó entre los discípulos –y por ellos sobre toda la Iglesia–, no es una ilusión pasiva y apática que satisface los sentimientos y emociones del

hombre sino una Luz activa que enfrenta al mundo; enfrenta al dolor y lo transforma en consuelo y curación, enfrenta a la tristeza y la convierte en esperanza, enfrenta a la pasión y la transmuta en amor a Dios y al prójimo.

Sin embargo, los discípulos en aquel momento no podían atender la petición del padre para curar a su hijo: «He dicho a tus discípulos que lo expulsaran, pero no han podido.» Cristo atribuyó la impotencia a la falta de fe (de los discípulos y del padre), porque «si puedes creer, todo es posible para quien cree», como dijo al padre. Éste le respondió a Jesús con sensatez: «Creo Señor...», porque él seguramente se había enterado de todo lo que Jesús efectuaba; «ayuda mi poca fe», pues la magnitud de la enfermedad de su hijo (desde niño) limitaba su fe, por lo que, con un tono penitencial, clamó: «Creo, ayuda mi poca fe.»

El cristiano, ante la magnitud de la corrupción en el mundo presente, ante la tristeza de sus dolores, ante la fuerza de sus propios vicios y debilidades, se siente impotente como los discípulos y el padre de la lectura evangélica y, tocando las puertas de la esperanza, saca un clamor humilde y sincero: «Creo, Señor, ayuda mi poca fe.» Y el Señor le contesta: «Esta clase (el demonio de la incredulidad) con nada puede ser arrojada sino con oración y ayuno.»

En el desierto de la Cuaresma, precisamente con oración y ayuno, subimos al monte de la Transfiguración, donde la Luz de Cristo, día a día, purifica nuestro corazón, mente y cuerpo; y en cuanto alcancemos el glorioso día de la Resurrección, nuestro «ayuda mi poca fe» será transformado en «todo lo puedo en Cristo que me fortifica.» (Flp 4:13).



Iglesia: proceso de sanación

«Maestro, te he traído a mi hijo que tiene un espíritu mudo y, dondequiera que se apodera de él, lo derriba, le hace echar espumarajos, rechinar los dientes y lo deja rígido.»

Con nuestros términos, el muchacho de la lectura evangélica era violento, rebelde e insociable. Si su padre fuera contemporáneo nuestro, quizás lo último que pensaría fuera acercarlo al Señor; más bien, lo hubiera llevado con el siquiatra, y éste le hubiera recetado unas pastillas para que ya no rechinara los dientes tan vergonzosamente. No se trata de burlarme de la siquiatría –que es una ciencia respetable cuyo progreso ha servido enormemente a la humanidad– sino de enfatizar la observación de un padre contemporáneo, de que si la gente asistiera a la Iglesia y viviera en ella, no estarían llenos los consultorios psiquiátricos.

Para los padres de la Iglesia, el pecado es la raíz y el contenido de cualquier enfermedad del alma. Quizás me dices: ‘pero, ¿qué pecado pudiera cometer este niño para que padeciera de tal forma?’. Te contesto: ‘¿quién dijo que la actitud

pecaminosa es siempre una responsabilidad personal?’ ¿Cuántas veces la violencia interfamiliar no trasmite a los niños rencor y crueldad? ¿Cuántas otras, los malos hábitos no son adquiridos del entorno educativo? Más aún: la sicología asegura que la actitud de la madre y sus reacciones durante el embarazo afectan directamente el carácter del niño por nacer. Entonces nuestra debilidad no siempre es una responsabilidad personal directa; no obstante, sí que forma un malestar que debe ser atendido.

Esta comprensión que nuestra espiritualidad ortodoxa enfatiza concluye que la Iglesia es *hospital* y que los que acuden a ella son atendidos –toda la vida– para ser curados. La Confesión entonces no es una acción legalista a través de la cual buscamos justificación ante Dios por algunos errores que de vez en cuando cometemos, sino una búsqueda de sanación. El acceso a la confesión es equiparable a la asistencia médica. Nadie va con el médico para decirle ‘tengo gripa, tengo úlcera o pulmonía’, más bien el paciente expresa sus dolores y los síntomas que tiene y luego el médico le diagnostica la enfermedad. De la misma manera, en el sacramento de la Confesión el sacerdote con su serenidad, experiencia espiritual y, sobre todo, a la luz de la divina Gracia descubre lo oculto del alma del confesante, cuando éste muestra sinceridad en revelar los achaques de su interior, y prescribe los remedios propios.

Es así como lo hicieron los discípulos en la lectura de hoy. *Cuando Jesús entró en casa, le preguntaban en privado sus discípulos: «¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo?»* A solas se confesaron su debilidad buscando el medicamento, y Él no vaciló en dárselo: «Esta clase con nada puede ser arrojada sino con oración y ayuno.» Una respuesta tan sencilla y plena que contradice todo complejo que pudiera haberse adquirido.

En el cuarto domingo de la Cuaresma, la Iglesia, lugar de presencia del Señor, se expone ante nuestros ojos como un sanatorio verdadero y nos inculca la confesión como refugio dulce y fortificador, la oración como bálsamo que sofoca los ataques del maligno, y el ayuno como apaciguador de la agitación de nuestra carne. Digamos que la temporada cuaresmal es la *terapia intensiva*: purifica nuestros sentidos exteriores e interiores, desata nuestros complejos; subimos en la escala de las virtudes y vislumbramos la Luz que surge del Sepulcro Vacío. Amén.



*Quinto domingo de la Cuaresma
Domingo de Santa María Egipciaca
Mc 10: 32-45*

Satisfacción o Cruz

La vida de Santa María Egipciaca

El pasaje evangélico que leemos en este día realza la diferencia entre el pensamiento de Cristo y el del mundo, e ilustra el *sello* que ha de caracterizar a los seguidores de Cristo: «El que quiera llegar a ser grande entre ustedes, será su servidor.» La diferencia entre ambos pensamientos radica en el punto de vista respecto a la gloria y al placer.

Los dos discípulos, Juan y Santiago, piden al Señor estar con Él en el trono de su gloria. Ellos cayeron en una forma de pensar mundana: la gloria es autoridad (Trono), y el placer se identifica con el descanso (sentarse). En cambio, san Isaac el Sirio nos enseña amar las fatigas y el *sudor*. La respuesta de Jesús mostraría a los discípulos la verdadera gloria: «No saben lo que piden. ¿Pueden beber la copa que Yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que Yo voy a ser bautizado?»

Mientras la tentación de una gloria mundana, en un momento dado, sedujo a los discípulos, santa María Egipciaca (a quien recordamos el día de hoy) inteligentemente entendió que la insipidez del

pecado no produce más que amargura y vacío, esto es, muerte; y que el júbilo verdadero se encuentra en las lágrimas del arrepentimiento. La penitencia de María Egipciaca fue la cruz de su gloria, y la joven rebelde ahogada en el libertinaje sin límites se convirtió en una arrepentida también sin límites.

María era cristiana de nacimiento; huyó de su familia y fue a Alejandría para vivir según sus deseos inmundos. Su biografía muestra que no se había separado totalmente de la Iglesia y de la *religión* ya que, un día, se le ocurrió la idea de peregrinar a Jerusalén. Su alma, entonces, era una mezcla de descendencia cristiana y conducta miserable y pagana.

Mientras estaba en Alejandría, en una de sus locuras, decidió peregrinar a la Tierra Santa, y planeaba que, vendiendo su cuerpo en el barco, pagaría el boleto y los gastos. ¡Qué esquizofrenia tan grande!

En la Ciudad Santa, María marchó con las multitudes hacia la iglesia de la Resurrección. Al llegar al umbral, cierta fuerza le impidió entrar; trató una y otra vez pero no podía tener acceso. En aquel momento, se dio cuenta de que la impureza de su vida era lo que le obstruía el paso para abrazar la Santa Cruz. A la sazón, la pecadora oraba con mucho llanto a la Virgen y dio la promesa de que, si lograba entrar, abandonaría el mundo y sus deseos. Y así se hizo.

Saliendo de aquella iglesia, se dirigió hacia el Río Jordán, se lavó en él y más tarde comulgó. Al día siguiente cruzó el Río y vivió en el desierto durante 47 años sin ver a ninguna persona. Soportaba el calor del día y el frío de la noche; comía de lo que encontraba de las hierbas silvestres. María cambió el fuego de los deseos carnales por el rocío del amor divino. Se volvió una estatua de luz.

Muchos años después, un anciano, Zosimo, salió al desierto para pasar la gran Cuaresma, conforme a la costumbre monástica. Mientras estaba caminando, le pareció ver de lejos un fantasma de cuerpo quemado por el sol, de cabello blanco. Al darse cuenta de que era un asceta, lo siguió y cuando lo alcanzó, descubrió que se trataba de una mujer.

María le confesó al monje toda su historia, le pidió comulgar. El Jueves Santo, el padre Zosimo le trajo la Comunión. Un Año después, al volver nuevamente Zosimo, la encontró tendida en el suelo, con el rostro hacia el Oriente, y cerca de ella estas palabras grabadas en la arena: «Padre Zosimo, entierra aquí el cuerpo de María, la miserable. Morí el mismo día en que comulgué los Dones místicos. Ora por mí.»

Desde que su corazón había quedado extasiado por el Señor en la iglesia de la Resurrección, no volvió a ver el rostro de sus pecados, y sus ojos ya pertenecían nada más a Jesús.

La gloria no consiste en satisfacernos a nosotros mismos sino en cambiar nuestra vida clavando la mirada en la Cruz de Cristo; para que, cuando escuchemos la voz del Señor: «He aquí que subimos a Jerusalén», seamos concientes de que la gloria de la Resurrección tiene que pasar por el Gólgota.



Quinto domingo de la Cuaresma
Domingo de Santa María Egipciaca
Mc 10: 32-45

El grande será servidor

Mientras estamos a las puertas de la Semana Santa, la Iglesia nos lee este pasaje evangélico en el que Cristo prepara a sus discípulos por tercera vez: «He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas; lo condenarán a muerte.» Cristo se dirigía hacia su Pasión por su propia voluntad.

Pero los discípulos aún pensaban que el reinado de Cristo es una autoridad política y mundana; esperaban que Cristo, el Mesías, en su momento, gobernara al pueblo de Israel. Así que Juan y Santiago pidieron una porción en esta autoridad: «Concédenos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda.» Los otros diez se enojaron con ellos, no porque tenían una visión mejor acerca de la misión de Cristo sino porque lo habían pedido sólo para ellos dos sin incluir a los demás discípulos. Cristo aclara cuál es la esencia de su reinado, cómo se ejerce su autoridad y por qué medio se logra obtener: «¿Pueden beber la copa que Yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que Yo voy a ser bautizado?» Les instruye (y a nosotros también) que el trono de su gloria es logrado a través de la cruz. Ellos contestaron

positivamente «Si, podemos», sin entender lo que estaban diciendo; lo único que les importaba era conseguir aquella gloria mundana, de la manera que sea.

En aquel momento Cristo les respondió: «La copa que Yo voy a beber, sí, la beberán [...], pero sentarse a mi diestra o a mi izquierda no es cosa mía el concederlo sino que es para quienes está preparado.» En verdad, Cristo no pretende reducir su carga divina del juicio –pues Él es Quien «vendrá segunda vez [...] para juzgar a los vivos y a los muertos», como confesamos en el Credo– sino enseñarles que Él ha encarnado y venido al mundo para mostrar que el Reino se conquista y no para repartir porciones de éste, pues está preparado para quienes saben conquistarlo: «El Reino de los cielos se alcanza con esfuerzo, y son los esforzados los que lo arrebatan» (Mt11:12).

Los *conquistadores* –continúa Cristo– no son los jefes de las naciones que «avasallan sobre ellas» sino los grandes quienes, por la cruz, se vuelven servidores; los nobles quienes, por el amor divino, lavan los pies del prójimo; los fuertes quienes ven a Cristo en el rostro de los débiles. ¡Cuán lejos está el pensamiento de Cristo del correspondiente a la civilización de este mundo! El que, un día, lo había comprendido dijo: «efectivamente, siendo libre de todos, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más que pueda.» (1Cor 9: 19).

*Domingo de Ramos
Jn 12: 1-18*

El Rey de la gloria

Seis días antes de la Pascua, Jesús entró con sus discípulos a Jerusalén. Los habitantes de la ciudad y los visitantes que llegaron para celebrar la Pascua salieron a su encuentro; muchos de ellos querían ver al que resucitó a Lázaro, muerto de cuatro días, pensando y planeando que éste había de ser el «Rey de los Judíos» que iba a librarlos del yugo de los romanos, y le decían «¡Hosanna! (expresión hebrea que significa “da salvación”). Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel.» Pilatos, el gobernante de la región, estaba en Jerusalén, en una medida rutinaria para aportar más control en la ciudad de los judíos durante la temporada festiva; y se enteró de la recepción real que Jesús tuvo. Por eso, en un momento dado, colocó en la Cruz la inscripción «el Rey de los Judíos».

Los Evangelios no relatan mucho sobre lo acontecido durante los cuatro días que Jesús pasó en Jerusalén después de la Entrada triunfal y antes de la Última Cena. Pero parece que Cristo en ellos intensificó su enseñanza sobre el juicio: la parábola de las diez vírgenes, la del juez que separa las *ovejas* de los *cabritos* conforme a las obras, la expulsión de los comerciantes del templo –«mi casa será casa de oración. ¡Pero ustedes la han hecho

una cueva de bandidos!» (Mt 21:13)–, además de haber entrado sobre un asno, señal de humildad y de mansedumbre inesperadas –«Mi Reino no es de este mundo» (Jn 18:36)–. Todo ello provocó que esta fe superficial e interesada de la gente en Jerusalén se transformase tan pronto en blasfemia: «¡Crucifícalo!» ¡Cuélgalo lejos de nuestra vida! (fuera de la ciudad). Y alzaban la voz para tapar cualquier memoria bondadosa de Él, para callar cualquier gemido verídico de la conciencia.

Domingo de Ramos, un día en que la feligresía –aun la que no es asidua en su práctica eclesial– acude con intensidad a la Iglesia y trae a los niños, como si la celebración perteneciera exclusivamente a la niñez. En realidad sí, la fiesta es un llamado a imitarlos, como dice el Tropario: «Nosotros, como los niños, llevamos los símbolos de la victoria y del triunfo». El niño no impone condiciones de *vigencia* a la paternidad de su padre; antes bien, reconoce a su papá tal como es, se tira en sus brazos y le ofrece el respeto y el cariño correspondientes. Con esta entrega, el cristiano levanta los *Ramos* de la virtud y de la lucha que ha ofrecido a lo largo de la Cuaresma y de toda su vida para recibir a Dios, no como su mente limitada se lo podría plantear (poder, autoridad, descanso, placer) sino tal como es Él: «He aquí que viene a ti tu Rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno» (Zac 9:9). Y a lo largo de los días de la Semana Santa va contemplando más y más a este Amado del alma, el *Novio*, que «no tenía apariencia ni presencia [...], no tenía aspecto que pudiésemos

estimar [...], fue oprimido y se humilló y no abrió la boca», y quien «nuestras dolencias llevó y nuestros dolores soportó [...], herido por nuestras rebeldías [...], por sus llagas hemos sido curados» (Is 53). No le causaría tropiezo el ver al Señor sobre la Cruz; más bien, con la mirada contrita del ladrón, lee la inscripción, no la de la burla sino la del triunfo «el Rey de la gloria»; y en medio del murmullo que anuncia «la muerte de Dios», saca un suspiro esperanzador: «¡Acuérdate de mí, Señor, en tu Reino!», probando de antemano el día tercero.



«¡Hosanna!» o «¡Crucifícalo!»

Un día, el pueblo exaltó con alabanzas a Cristo en su entrada a Jerusalén; pocos días después, lo crucificó.

Aquí exclaman: ¡Hosanna! (Sálvanos) ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!; allá gritan: ¡Crucifícalo!

Aquí es recibido como rey con ramos de olivo y palmas; allá es golpeado, azotado y herido con una lanza.

Aquí el pueblo tiende su ropa para que su asna pase sobre ella; allá le rasgan la túnica y le hacen cargar su cruz.

Aquí sale el pueblo a recibirlo y a entrar con Él a Jerusalén, allá lo saca de la Ciudad para crucificarlo.

Éste es un pueblo que vacila entre la admiración de la potestad del Señor y el menosprecio de la humildad de su Cruz. Nosotros, igualmente, solemos actuar y vivir en esta misma *esquizofrenia*: vacilamos entre la fe y la incredulidad, entre el amor y la tibieza. Unas veces nos presentamos

como apóstoles suyos y otras nos negamos a la Gracia que brotó de su costado vivificador.

El Domingo de Ramos, como nuestra entrada a la Semana Santa, lanza un llamado a participar de la Pasión del Señor: «acompañémoslo con corazón purificado» (Maitines del Lunes Santo); es un día en el que aclamamos al Rey de la gloria que jamás nos ha ofrecido descanso u holgura sino lucha y sudor: «El Reino de los cielos se alcanza con esfuerzo, y son los esforzados los que lo arrebatan» (Mt 11:12).

Salgamos, entonces, de esta muchedumbre oscilante e incorporémonos al coro de María Magdalena, la que enjugó con su cabello (símbolo de su gloria) los pies del Señor y entregó todo lo que poseía para recibir a su vez la riqueza del Rey. Dura es la amonestación del Señor: «Puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca» (Ap 3:16). Pero dulce es su llamamiento: «¡Entra en el gozo de tu Señor!», a todos los que han luchado con firmeza –cada quien según su fuerza y posibilidades– en la *batalla* de la Cuaresma, y que hoy llegan a levantar los ramos de la virtud y a exclamar con los niños de Jerusalén: «¡Bendito eres Tú que has venido –y de nuevo has de venir– en el Nombre del Señor!» Amén.

**Homilías de
la temporada Pascual**

¿Quién nos rodará la piedra?

Cuando las mujeres estaban en camino hacia el sepulcro para embalsamar el cuerpo del Señor, se preguntaban entre sí: «¿Quién nos rodará la piedra de la entrada del sepulcro?» (Mc 16:3); pero Él había resucitado y había salido. La Vida supera las limitaciones de la corruptibilidad.

En realidad, los obstáculos verdaderos ante la Resurrección son los muros constituidos por el hombre, muros que Dios no mueve sino que aguarda a que nosotros lo hagamos por propia voluntad, porque el amor divino implica libertad.

El primer muro consiste en reducir la Resurrección a unos cultos, es decir, que celebremos la Resurrección en servicios y cánticos sin que estos ritos reintegren algo en nuestro interior, en nuestro modo de vivir. Cuando san Pablo se convirtió, «cayeron de sus ojos unas como escamas» (Hch 9:18); y la adoración litúrgica ha de tener tal función: destruir el muro de la frialdad acumulada por circunstancias, negligencia, olvido o pecados. Sin esta conversión, la Vida quedará dormida en mi propio sepulcro.

El segundo muro está en que minimizamos la Resurrección a unas rutinas o *tradiciones*;

cambiamos en la vida lo superficial: ropa, comida, relaciones, etc., y de esta manera, probamos de la fiesta sus costumbres, las cuales, supuestamente, son *colores* que expresan la novedad de la vida; pero he aquí que estas expresiones huelen a muerte cuando las vaciamos de su esencia. Las costumbres han de reflejar en la vida cotidiana la luz del Resucitado. Tal reflejo se manifiesta en la comunidad con visitas familiares, eventos sociales y gestos cariñosos, y nuestra ropa expresa la blancura y la novedad bautismales. Toda costumbre será bendita siempre y cuando forme una expresión de la nueva Vida en Cristo.

El tercer muro es reducir la fiesta a un recuerdo de un acontecimiento histórico, es decir, festejar la Resurrección que tuvo lugar hace casi 2000 años como si estuviéramos recordando a un héroe o una revolución. En el Tropario de Pascua cantamos: «Cristo resucitó de entre los muertos pisoteando la muerte con su muerte y otorgando la vida a los que yacían en los sepulcros.» El gerundio del texto original en griego, traducido como «pisoteando» y «otorgando», no se refiere a un momento del pasado sino, más bien, a una acción cuya vigencia continúa hasta el presente: «He aquí que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo», dijo el Señor a sus discípulos después de la Resurrección (Mt 28:20). La Resurrección de Cristo es un acontecimiento ontológico que supera los límites del tiempo y del espacio, y *sumerge* nuestra vida –aquí y ahora– en la presencia del Resucitado.

«¿Quién nos rodará la piedra de la entrada del sepulcro?» Nosotros mismos somos quienes tenemos que retirar la piedra de la insensibilidad en la adoración para obtener de ella vida, en lugar de enterrar la vida en costumbres; tenemos que destruir la superficialidad de las fiestas y el muro del tiempo para hacer de lo que sucedió en el pasado el criterio principal de nuestra vida y un hecho de cada momento; porque «si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe» (1Cor 15:14).

¡Cristo ha resucitado!, y la Vida ha surgido del sepulcro.

¡Cristo ha resucitado!, y nosotros hemos sido revivificados.

¡En verdad ha resucitado el Señor!



*Primer domingo después de Pascua
Domingo de Santo Tomás
Jn 20: 19-31*

Domingo Nuevo

Hoy es el Domingo de santo Tomás; se le llama también «**Domingo Nuevo**», porque es el primero después de Pascua. Y la semana anterior, denominada «de Renovaciones», es considerada como un solo día pascual, en el que todo se ha vuelto nuevo. «Nada nuevo hay bajo el sol», decía el Antiguo Testamento (Ecl 1:9). La única novedad en nuestro mundo es la Resurrección del Señor, y el domingo presente anuncia esta buena noticia que debería sellar nuestra vida entera, pensamiento, anhelos y actitud: ¡Cristo ha resucitado!

.....

«Estando cerradas las puertas [...], se presentó **Jesús en medio de ellos**»; resucitó en el cuerpo: «pálpenme, y consideren que un espíritu no tiene carne ni huesos como ven que Yo tengo» (Lc 24:39), pero el cuerpo del Resucitado, como incorruptible que es, no está sometido a las leyes y limitaciones del mundo corrupto. Por eso entró estando cerradas las puertas, y también había salido del sepulcro sellado con una piedra grande. Entonces Cristo, con su Resurrección, llevó nuestra naturaleza –corrupta a partir de la caída del hombre– al campo de la incorruptibilidad y de la

eternidad. San Pablo así describe la resurrección: «Se siembra un cuerpo natural, y resucita un cuerpo espiritual» (1Cor15:44).

.....

«**Qué graciosa es la duda de Tomás**», dice uno de los cantos del domingo presente; pues Tomás con su incredulidad hizo confirmar que Jesús, el que se presentó en medio de los discípulos, es el mismísimo que fue crucificado, y que no fue un espíritu ni fantasma; esto fue la prueba más firme de la Resurrección del Salvador; la duda de Tomás se nos volvió fuerza y fe inamovible para todas las generaciones venideras.

.....

«**¡Señor mío y Dios mío!**» Éste fue el *Credo* que Tomás promulgó al tocar el Costado purísimo. La particularidad de su confesión consiste en que invocó a Cristo como «Dios» con toda claridad, pues, si bien es común escuchar a los apóstoles llamarle «Señor», aquí Tomás descarta cualquier tibieza respecto a la divinidad de Cristo: «Dios mío». Cabe mencionar que en griego, texto original, la expresión es acompañada con el artículo, «*el* Dios mío» (construcción admitida lingüísticamente en este idioma), lo que confirma el propósito de Tomás: Tú eres el único Dios que antiguamente te llamaron Yahvé, el Creador y Redentor, ante Quien me prosterno en adoración –y nosotros también– por los siglos de los siglos. Amén.

*Primer domingo después de Pascua
Domingo de Santo Tomás
Jn 20: 19-31*

Creer para ver

«Bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído.»

Lo dijo el Señor a Tomás amonestándole por su desconfianza. Y san Pablo en la carta a los Hebreos notifica: «La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven» (Heb 11:1). Una de las inquietudes que pudieran turbar nuestra fe –más aún, en medio de la apatía del mundo que nos rodea– es el porqué creer. ¿Por qué creer lo que dijo Tomás y lo que dijo san Juan Evangelista sobre la Resurrección? ¿Por qué no creer a los soldados que, desde un principio, dijeron que «sus discípulos vinieron de noche y le robaron mientras nosotros dormíamos» (Mt 28:13)? A cada rato y en diferentes formas se nos plantea este cuestionamiento, por lo que debemos estar «dispuestos a dar respuesta a todo el que os pide razón de vuestra esperanza» (1Pe 3:15).

En realidad, la base de la prédica cristiana es el martirio; hasta lógico y razonable es creer a Tomás y a los demás discípulos, quienes ofrecieron su vida por precio del testimonio que quisieron dar, una muerte constante: «por Ti, somos entregados a

muerte todo el día» (Rom 8:36). Nadie muere por una mentira; con mucho más razón, si este martirio se ha perpetuado de generación en generación. Los apóstoles dieron testimonio de «lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos» (1Jn 1:1), mientras los guardas del Sepulcro dieron suposiciones de lo que no habían visto: «mientras dormíamos», decían.

En el fondo, la disputa sobre la Resurrección de Jesús no se ha detenido con lo de Tomás y los soldados; pues, de un lado, la experiencia de «acerca aquí tu dedo y examina» no ha cesado en la Iglesia, y los santos en todo tiempo son también testigos oculares; la Resurrección no es una anécdota sino una realidad presente en la Iglesia. Y del otro lado, las ideologías, los medios de comunicación y los *iluminados* tratan, día tras día, con más agresividad y una sonrisa ficticia (lobos rapaces con disfraces de ovejas), *alumbrar* nuestra ignorancia con sus suposiciones: una película por aquí, otro documental por allá, gnosticismo, evangelios apócrifos, etc., atestiguando lo que no han visto y encapsulándose lejos de la alegría de la esperanza, lejos de la bienaventuranza de los que «sin haberme visto han creído». Durante los veinte del siglo pasado, en la Unión Soviética, luego de que el Régimen Bolchevique fundara el Comité *Los que no tienen dios*, uno de sus miembros daba una conferencia atea. Después de exponer sus pruebas definitivas y contundentes de que Dios no existe,

pidió a la audiencia plantear sus dudas o comentarios. Un sacerdote, vestido de civil, se puso de pie y nada más dijo: «¡Cristo ha resucitado!»; una voz unánime del pueblo contestó: «¡En verdad ha resucitado!»

¡Cristo ha resucitado! Quienes lo han creído lo han visto.

¡Cristo ha resucitado! Y las puertas del Hades no podrán contra su Iglesia.

¡Cristo ha resucitado! Venid tomemos del nuevo fruto de la Vid, de las primicias del Reino.

¡En verdad ha resucitado el Señor!



La valentía: indicio de amor

Todos queremos a alguien; pero pocos nos atrevemos a amar al prójimo más que a nosotros mismos. De tal modo era el amor en Cristo de las mujeres mirróforas, que madrugaron el primer día de la semana, apenas «pasado el sábado», y emprendieron el camino hacia el Sepulcro para embalsamar al Señor a Quien sirvieron y quisieron, sin miedo a quienes lo juzgaron y pusieron sobre su Sepultura una piedra «muy grande», y a los guardias.

¿Quién muestra valor como el de las Mirróforas o como José de Arimatea, el cual «tuvo la valentía de entrar donde Pilatos y pedirle el cuerpo de Jesús»? ¿Quién, amando, se atreve a enfrentar a los poderosos de este siglo y a servir y acoger a los marginados? Es más común encontrar un cariño aparente y pasivo que abandona ante la cruz, que el amor verdadero y audaz que asiste al amado, más aún, en los momentos de la debilidad como la muerte y el sepulcro. Sin este amor valiente, jamás se podría cambiar cualquier realidad dolorosa del tiempo presente. ¿Cómo la cristiandad conquistó el mundo romano, pagano y subyugador, si no con la audacia de las mirróforas? El libro de *los Hechos de*

los apóstoles nos habla de las multitudes que cada vez se incorporaban al *Camino*, no a través de la espada ni del poderío: pescadores echaron la red en la palabra del Señor, se abandonaron en las manos del Todopoderoso, y así transformaron el rostro de la humanidad.

En nuestra era, se han puesto sellos de autenticidad sobre principios corruptos e ideales falsos, a tal grado que se ha considerado natural lo que ninguna conciencia sincera acepta: aborto, familias destrozadas, decadencia moral (y todo en el nombre de la libertad)... Pero, ¿quién tiene el amor que se atreve a «rodar la piedra» para saltar hacia la vida sin advertir estos sellos irreales?

Nuestras comunidades, inclusive las cristianas, admiten la fe superficial: ciertas apariencias confesionales o sociales que se agrupan alrededor de fiestas y tradiciones, y reducen la religión a estas prácticas; para ellas, todo lo que esté más allá de estas *fronteras* es exageración, pérdida de tiempo e ignorancia. ¿Quién tiene el amor que se atreve a enfrentar, en su interior y ambiente, el dominio de lo social vacío y el terrorismo de la vida *light* para pedir *el cuerpo de Jesús*, que aparenta estar muerto pero, en realidad, es la Vida?

La valentía examina la credibilidad del amor y de la fe: valentía de iniciativa, valentía de sacrificio, de paciencia y de perdón. Hay amor que busca el propio interés y otro que accede a la aventura del sacrificio. El primero se conforma con lo disponible

que satisface, mientras el segundo no retrocede ante una realidad impuesta y muestra viable lo que parecería imposible: «Todo lo puedo en Aquél que me conforta» (Flp 4:13).

Un cariño apático jamás buscará vida en el Sepulcro y, en consecuencia, nunca le será anunciada la Resurrección como a las discípulas; porque el amor con valentía es digno de recibir la Buena Noticia de la Resurrección, y gustará del gozo del Día del Señor que no conoce ocaso.



*Tercer domingo después de Pascua
Domingo del Paralítico
Jn 5: 1-15*

El paralítico de Betesda

«¿Quieres recobrar la salud?», pregunta Jesús al paralítico que llevaba 38 años enfermo, y éste contesta: «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua.» Aun con todos estos años de inmovilización y de padecimiento, perseveraba en la orilla de la piscina, más bien, en la costa de la esperanza en Dios. Responde la pregunta –que a otro, muy probablemente, le hubiera ofendido– con una paciencia y mansedumbre admirables, sin reclamar ni blasfemar o desesperarse: «Señor, no tengo a nadie.» Y Cristo, alabando su gran paciencia, le curó; ni siquiera le preguntó, como en otras ocasiones, si tenía fe, porque ella estaba manifiesta en su perseverancia y respuesta humilde estando en plena desgracia. «¡Con vuestra paciencia salvarán vuestra vida!» (Le 21:19).

.....

«Es sábado y es ilícito llevar a cuestras la camilla», contradijeron los fariseos al ya curado de su parálisis. Es la figura de la religión cuando se transforma en leyes muertas, mientras las normas

religiosas deberían ser un medio que atrae la Gracia de Dios en nuestra vida: «La letra mata, mas el Espíritu vivifica», dice san Pablo (2Cor 3:6). La religión no se limita a obligaciones que se tengan para cumplir sino que es una vida regida por la presencia activa de Dios, una experiencia no expuesta a ninguna discusión o incertidumbre: «El que me ha devuelto la salud me ha dicho: “Toma tu camilla y anda”.» A los entonces amigos del Señor les agradaría usar, en lugar de «deberes», otra palabra derivada, análoga y graciosamente: «quereres».

.....

«Más tarde, Jesús lo encontró en el Templo.» El curado de su parálisis, agradecido, se dirigió hacia el Templo para dar gracias y para ofrecer a Dios sus primeros pasos, las primicias, como si exclamara: «Lo tuyo de lo tuyo, te ofrezco por todo y para todo.» Y en medio de esta ofrenda de conversión, **«Jesús lo encontró»**.

Cuando el paralítico estaba en discusiones inútiles con los fariseos acerca de su curación que si había sido de Dios o no, buscó a Jesús y no le encontró, «había desaparecido porque había mucha gente en aquel lugar»; en cambio, ahora en el Templo, bien nos describe el evangelista Juan, que **«Jesús lo encontró»**.

En las plazas de la vida hay mucha gente, mucho murmullo, discusión y preocupación que le hacen al hombre olvidar la confesión al Señor. El paralítico tuvo la iniciativa de salir de todo este ruido para entrar en los atrios de la Casa de Dios, donde **«Jesús lo encontró»**.

Dispongamos en nuestra vida de atrios y consagremos templos en los cuales agrada al Señor encontrar a la oveja perdida.



Desde el pozo hasta el martirio

La lectura evangélica de este día enseña una experiencia más sobre el encuentro con el Señor, encuentro que místicamente transforma la vida. La famosa samaritana ascendió en el conocimiento de Jesús gradualmente hasta que llegó a proclamarlo el Señor de su vida.

Cuando esta mujer estaba junto al pozo y buscaba agua para beber, encontró a Jesús. Allí, rodeada con todas sus preocupaciones mundanas, no podía ver en Jesús más que un judío, un hombre común, por lo que le dijo: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí que soy una mujer samaritana?» Pues, para ella, Cristo no es más que un hombre extraño que pertenece a una raza enemiga.

Jesús le habló del «agua viva»: quien beba de ella «no volverá a tener sed». Este discurso la llevó a reflexionar sobre la religión y por ello dijo: «¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob que nos dio este pozo, del cual bebió él, sus hijos y sus ganados?»

A partir de este diálogo «religioso», el Señor despierta en ella la conciencia y el auto examen preguntándole acerca de su marido y de su vida privada en lugar de seguir con cuestionamientos de índole religioso. Cuando sus palabras tocaron la vida y lo moral, Jesús pasa a ser, para ella, un profeta. Los profetas siempre han exigido congruencia entre la religiosidad y el comportamiento, «porque yo quiero misericordia, no sacrificio, dice el Señor» (Os 6:6).

A través de esta puerta vital –la penitencia y el auto conocimiento–, el Señor la introdujo en el tema de la adoración en Espíritu, lejos de las reglas. Le habló de la religión, no como deberes y leyes sino como un amor voluntario y experiencia de la Verdad: «Dios es espíritu, y los que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad.» La profundidad de las palabras de Jesús trajo a la memoria de la samaritana las profecías sobre el Mesías: «Yo sé que el Mesías está por venir», y Jesús le dijo: «Yo Soy, el que te está hablando.» Pasa a ser para ella el Cristo esperado, el Salvador del mundo.

Mientras se preocupaba por sus necesidades materiales, lo veía como un hombre común; cuando comenzó a transitar por el mundo de la religión, lo consideró como religioso; cuando entró en sí misma experimentando la penitencia y confesando su realidad, lo admiró como un profeta; finalmente cuando llegó a la adoración en Espíritu y en verdad, a la libertad de la fe, comprendió que era el Mesías.

Y lo más grandioso es que en cuanto asimiló que Jesús era el Salvador, se convirtió en una discípula de Él y apóstol: dejó su cántaro, más bien, su vida bajo los pies del Señor y corrió a anunciar a sus compatriotas: «Vengan a ver», y a ofrecer su testimonio, a saber, su martirio. Ella es santa Fotina (iluminada), mártir en Cristo que la Iglesia conmemora el día 26 de febrero. Sus intercesiones sean con nosotros. Amén.



*Quinto domingo después de Pascua
Domingo del Ciego
Jn 9: 1-39*

Luz que ilumina a todos

Al pasaje evangélico de hoy, lo podemos llamar «de la Luz». En general, el Evangelio según san Juan sugiere *la Luz* como sinónimo de *la Vida*. En este sentido, Cristo dijo: «Yo soy la Luz de mundo», y cuando los fariseos se indignaron de su comentario (Jn 8:12-13), lo mostró con la acción que no deja duda alguna:

«Escupió en la tierra e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego», acción que trae a la memoria el relato bíblico sobre la Creación del hombre. Así como Dios con su aliento dio vida al polvo de la tierra y de la nada trajo al hombre a la existencia, de la misma manera Cristo, al ciego cuyos ojos jamás habían conocido la luz (ciego de nacimiento), se la otorgó en abundancia. (La señal era tan maravillosa que dio lugar al comentario de los presentes en el pésame de Lázaro: «Éste, que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber hecho que Lázaro no muriera?» [Jn 11:37]). Cristo no le devuelve al ciego una capacidad que había perdido previamente sino que le otorga lo que le era inexistente.

«Vete y lávate en la piscina de Siloé», le dijo el Señor; *él fue y se lavó allí, y cuando volvió veía claramente.* En este recorrido de ir y venir, sin lugar a duda, mucha gente lo vio y así la obra del Señor fue predicada y verificada. Pero ante la veracidad de este milagro –ya que el ciego era conocido por todos por ser un limosnero– hubo varias reacciones:

- *Fariseísmo:* reglas que cercan a Dios y no le permiten penetrar en la oscuridad de uno mismo; leyes que determinan al hombre y a Dios sus derechos y deberes; círculos viciosos de planteamientos y cerrazón que rechazan la intervención de Dios en su creación; y vanidad mezquina que deduce lo siguiente: «Nosotros sabemos que ese hombre (Jesús) es un pecador.»
- *Apatía:* padres del ciego que resultaron los verdaderos ciegos. Su apatía, ingratitud y miedo a que sean echados fuera del concepto común les impidió participar de la luz del milagro. Preferieron la seguridad de la tibieza a la aventura de estar en la verdad. Se retiraron del gozo con cobardía acudiendo a la apatía enfermiza: «Edad tiene: pregúntenle.»
- *Agradecimiento:* una reacción profunda que implica sinceridad y valentía. El ciego iletrado tuvo que enfrentar a los fariseos que se le amontonaron; refutó, con lo que había vivido, sus argumentos y leyes: «Yo les daré una

elocuencia y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos sus adversarios» (Le 21: 15). Esta gratitud implica también sacrificio (lo echaron fuera), pero paulatinamente lleva al agradecido al conocimiento de Cristo, Luz verdadera: Curador, hombre de Dios, Profeta y, sobre todo, Hijo de Dios y Dios (y se postró ante Él).

La Luz de Cristo ilumina a todos: ¿Cómo reaccionas, oh alma?



Las obras de Dios

«Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres?», preguntaron los discípulos. Respondió Jesús: «Ni él pecó ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él.» ¿A qué obras se refiere?

Los gestos curativos que Jesús efectuó sanando al ciego indican a qué obras se refiere: *escupió en la tierra e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego*. Con barro dio luz a los ojos que nunca habían visto (ciego de nacimiento), es decir, ojos sin vida; tal como Dios, en Génesis, hizo al hombre de la nada cuando tomó tierra y sopló en ella vida.

«Las obras que hago en nombre de mi Padre son las que dan testimonio de mí» (Jn 10:25). La obra de Dios que el Hijo manifiesta entre los hombres es la re-creación o, con el término bíblico, la Resurrección. Por ello, la Iglesia lee este milagro, que únicamente el Evangelio según san Juan narra, en la temporada pascual. Cristo es el Creador que levanta de nuevo la creación iluminando y sanándola, no solamente de la ceguera corporal sino también de la espiritual: de la muerte del pecado. Así que curó al ciego y después, al

encontrarse con él, enseñándole le dijo: «Yo Soy», y el que ahora veía, *se postró ante Él*.

«Ni él pecó ni sus padres.» La enfermedad no es un castigo de Dios por un pecado cometido –como los judíos creían– sino parte de la mortalidad que el hombre caído padece, parte del ambiente en medio del cual *se manifestarán las obras de Dios*: la Resurrección. La vista, que Dios otorga, puede volverse ceguera cuando su función única es observar lo material sin buscar el Rostro de Dios: «Vine a este mundo a ejercer un juicio: para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan –se muestran a sí mismos– ciegos» (Jn 9:39). Las condiciones de vida que tenemos –sean salud, holgura y felicidad, o tristeza, dolencia y dificultad– son ambientes a partir de los cuales hemos de recuperar la visión espiritual y participar de las obras de Dios, de la nueva creación: de la gloriosa Resurrección. Amén.



El icono de la Divina Ascensión

Cristo, después de su Resurrección, se manifestó en varias ocasiones a los discípulos, a las mujeres mirroforas, «a más de quinientos hermanos a la vez» (1Cor 15:6) y a muchos otros durante cuarenta días, al final de los cuales ascendió a los cielos. Este



Jueves, cuarenta días después de Pascua, celebramos la Divina Ascensión, acontecimiento que san Lucas nos conservó en su Evangelio: «Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo.» (Lc 24:51).

El icono de la Ascensión nos ilustra el pasaje evangélico: Cristo asciende al cielo rodeado de un halo de Luz que expresa su divina Gloria; la vestimenta que lleva puesta parece igual a la de los apóstoles, pues en su Ascensión ha elevado con Él a la naturaleza humana: «Has cargado sobre tus hombros nuestra naturaleza extraviada, oh Cristo, y al ascender, la has llevado con Dios Padre.» Es la oración que el obispo recita mientras se reviste con

el *Omoforio**. La Ascensión de Cristo de la tierra al cielo no se refiere a un traslado de lugar –ya que el cielo no es un término del siglo presente– sino al estado que está más allá de nuestros sentidos y limitaciones: Cristo ha ascendido con el cuerpo glorioso de la resurrección del espacio de lo creado al mundo de la eternidad.

La Virgen, en el centro del icono, eleva sus manos orando en silencio; ella representa la Iglesia ya que su seno era el lugar de reunión entre lo humano y lo divino, así como la Iglesia lo es a partir de Pentecostés. De las entrañas de María, el Verbo ha tomado cuerpo humano, y de la reunión de la Iglesia ha formado su cuerpo místico. Ambos eventos son prodigios que superan el entendimiento.

Los apóstoles, con un movimiento vital, expresan el gozo de recibir la bendición del Hijo de Dios (Tropario de la fiesta); tristes por separarse de Él, pero optimistas y alegres por la promesa del Espíritu Santo que haría perpetua la Presencia de Jesús en sus corazones. (Recordando esta presencia permanente, el sacerdote, después de la Comunión de los fieles, eleva el Cáliz y exclama: «¡Perpetuamente: ahora y siempre, y por los siglos de los siglos!») En el icono, algunos de los discípulos contemplan a la Virgen: ¿Cómo en tu seno ha

* Una pieza larga del ornamento episcopal que el obispo coloca sobre sus hombros, y simboliza la oveja perdida que el Buen Pastor lleva hacia el prado.

cabido el Rey de la Gloria, a Quien observamos subir?

Los dos ángeles vestidos de blanco dicen a los apóstoles: «¿Qué hacéis ahí mirando al cielo? Éste que os ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como le habéis visto subir al cielo» (Hch 1:11). El icono de la Ascensión es el *negativo* del de la Segunda Venida, y esta esperanza viva causa una alegría intermedia que empuja a los apóstoles, y a todo cristiano, hacia la prédica.

«¿Qué hacéis ahí mirando al cielo?» Pues su vista se clavó en este mundo nuevo, donde *la ley de la gravedad* es otra, ya no es fuerza que jala hacia abajo sino anhelo que atrae hacia lo celestial.

El icono presente es un llamado a que nos dejemos llevar por la gravedad del mundo nuevo, por la Gracia, y hagamos cielo la tierra que habitamos; se presenta el Salvador tal como nos ha dejado, y nos llama: «¡Venid conmigo, amados!»



*Sexto domingo después de Pascua
Domingo de los Padres de 1er. Concilio Ecuménico
Jn 17: 1-13*

Concilio: camino real

Con la asistencia de unos 318 obispos del orbe, se celebró en Nicea, en el año 325 d.C., el 1er. Concilio Ecuménico de la Iglesia, convocado ciertamente por el emperador Constantino el Grande y presidido, al parecer, por Eustacio, obispo de Antioquía. Destaca la presencia de un grupo numeroso de padres que, por su fe, dieron un ejemplo de vida en Cristo, como los santos Nicolás, obispo de Mira, Espiridión, obispo de Trimitos, Macario, obispo de Jerusalén, y el diácono Atanasio (posteriormente obispo de Alejandría).

En el primer tercio del siglo IV, el pueblo cristiano se encontró dividido y confundido por el discurso de un diácono libio, Arrio, que rechazaba la divinidad de Cristo y enseñaba que el Verbo de Dios era criatura y, por lo tanto, no era ni eterno ni de la misma naturaleza del Padre. Y apuntaba que sólo en forma alegórica se le podía decir «Hijo», «Sabiduría» y «Poder» de Dios.

El Concilio reunido en la plaza central del palacio imperial de Nicea se enteró de la enseñanza de Arrio y la condenó rotundamente como herética, confirmando la fe establecida en el Evangelio y que la Iglesia sostiene hasta nuestros días: Cristo es

«verdadero Dios de Dios verdadero». Con ello, los Padres del Concilio no inventaban un dogma nuevo sino que se mantenían firmes en la doctrina de los santos Apóstoles: «Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el **Dios verdadero** y la Vida eterna», dice Juan, el discípulo amado (1Jn 5:20); palabras claras que no aceptan alegoría alguna. Sobre esta base, el concilio formuló su fe en el Padre y el Hijo dictando la parte primera del Credo, el Símbolo de Nicea.

Nuestra Iglesia Ortodoxa enfatiza que los dogmas no son definiciones nuevas o descubrimientos posteriores a la Biblia sino fórmulas y expresiones de la misma fe anunciada «de una vez y para siempre» (Jds: 3). (Es interesante observar que las frases del Credo en su totalidad son bíblicas, excepto la expresión «consustancial al Padre», que costó mucho trabajo hasta que los Padres la incorporaron en el Símbolo de Fe al corroborar que su sentido equivale precisamente a las palabras de Jesucristo: «Yo y el Padre somos uno.» [Jn 10:30]).

El concilio entonces no es la reunión de unos obispos o teólogos con el afán de tomar ciertas decisiones sino la expresión de la unidad en la fe, la incorporación de las diferentes iglesias locales en el mismo *Camino*. En sí, la palabra griega *σύνδοχος* (sínodo), traducida como concilio, es compuesta de dos partes que le dan el sentido de «con el camino». Los cristianos en los *Hechos de los Apóstoles*, se identificaban con el calificativo «seguidores del Camino» (Hch 9:2, 16:17; 19:23; 24:14). Y la

autenticidad de los Concilios se debe a la congruencia de su enseñanza con la vida evangélica, con este Camino original.

¿Cómo nosotros, los cristianos de hoy, podemos mantenernos en el Camino? Al igual que los primeros seguidores, que «acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (Hch 2:42).

El interés espiritual y el conocimiento religioso a menudo se desvían, cuando son efectuados individualmente, y concluyen en «ciencia que hincha» (recuérdese que Arrio era un filósofo y muy buen conocedor de las Escrituras); pero quien se mantiene dentro del *Concilio* y se alimenta de la *leche* de la vida eclesiástica, crece en «el amor que edifica» (1Cor 8:1).

Hoy, día en que conmemoramos a los Padres del 1er. Concilio Ecuménico, no nada más recordamos sus palabras y categorías dogmáticas sino que también convivimos con ellos en la Reunión Eucarística, asimilamos el Espíritu en el que han vivido y anhelamos la dicha que gozan; ello produce en nosotros una luz de conversión que constantemente corrige nuestro vivir y alumbra nuestra marcha en el camino real.



La unidad en Cristo

«Para que sean uno como nosotros somos uno.»

En cuanto Adán cae, su primera frase es: «la mujer que me diste me dio del árbol y comí», el mismo que antes había dicho: «ésta es hueso de mis huesos y carne de mi carne.» La separación es el fruto de la caída.

Caín, el que mató a su hermano Abel, no escucha la voz del Altísimo cuando le pregunta: «¿Dónde está tu hermano?», y contesta: «¿Soy yo, acaso, el guarda de mi hermano?». Separación, otra vez.

Los hijos del hombre, dice el libro del Génesis (11:1-9), quisieron construir una torre que llegase al cielo, pretendiendo alabar a sí mismos y satisfacer su orgullo. Dios confundió sus lenguas y no lograron entenderse unos con otros y terminaron dispersándose: separación.

Estamos en tiempos en que podemos entender muy bien la realidad de la separación, pues el individualismo se ha apoderado de nuestro modo de vivir. En nombre de la libertad, el hombre anda cercado por el muro del Ego, *protección* que lo

separa aún de los más allegados: del padre, del hermano, del hijo. Ciertamente vemos muchos intentos y deseos de unidad entre los hombres de hoy en los ámbitos social, político y, sobre todo, religioso, en el fenómeno llamado «globalización» –y esto, en un principio, se origina en el anhelo humano que refleja la imagen de Dios en nuestros corazones–. Sin embargo, nadie comprende a nadie, y he aquí que las *lenguas* se confunden más y más porque el eje central de este deseo unitario es el Ego.

Mas Cristo pide por una unidad distinta: «que sean uno como Nosotros somos uno.» La unidad que desea Cristo para sus discípulos y para su Iglesia es semejante a la que está en la Santa Trinidad: unidad en el amor. El amor no es una palabra agradable y sentimental: es la cruz. El amor del Hijo –la Segunda Persona de la Trinidad– al Padre es su eterno movimiento hacia Él, que se manifestó en la Cruz. Ése es el eje, como lo menciona la lectura evangélica de hoy: «que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero.» San Doroteo de Gaza da el ejemplo de un círculo: los hombres están alrededor y Dios en el centro, mientras los hombres se aproximan a Dios, se acercan entre ellos y se unen. Lo podemos observar en la siguiente comparación: san Serafín de Sarof llamaba a toda persona que visitara su celda –sea conocida o no– «¡Alegría mía!», mientras un filósofo consideraba al prójimo «mi infierno».

Hoy, día en el cual se festeja a los papás (2º. domingo de junio), hemos escuchado la oración del Hijo: «Oh Padre santo: cuida en tu Nombre a los que me has dado para que sean uno como Nosotros.» A fin de que nuestra filiación, paternidad, hermandad y amistad sean verdaderamente a imagen y semejanza del amor en la Santa Trinidad.



*Sexto domingo después de Pascua
Domingo de los Padres de 1er. Concilio Ecuménico
Jn 17: 1-13*

La revelación cristiana*

«Para que sean uno» (Jn 17:11).

Alabamos a Dios y agradecemos todos los esfuerzos que se han realizado por establecer este octavario por la unidad de los cristianos. Elevamos las manos suplicando al Señor que nos una en el mismo testimonio del Cristo Resucitado.

San Pablo nos dice que el Antiguo Testamento era «nuestro pedagogo hasta Cristo» (Gal 3:24), y los Padres de la Iglesia consideraron la filosofía griega como un *precursor* para los gentiles, que pavimentó el camino a la Buena Nueva: Jesucristo, la Verdad que se nos ha revelado en los últimos tiempos.

La Revelación no ha sido un descubrimiento humano, tampoco un dictado divino, sino un ascenso que requiere de pureza de vida e iluminación del corazón, que hacen del conocimiento de Dios un convivir con Él hasta la unión. El

* La presente homilía pertenece al *Octavario por la Unidad de los Cristianos*, establecido por el *Congreso Internacional de las Iglesias*.

Espíritu Santo, a partir de Pentecostés, no ha cesado de *ejecutar* dicha revelación en la Iglesia, el cuerpo místico de Cristo, donde la vida sacramental forma la fuente del conocimiento del Señor, conocimiento con el sentido bíblico profundo de la palabra: convivencia. Por eso nadie habla de Dios mejor que sus amigos, nadie describe con infalibilidad su presencia entre nosotros más que sus santos.

Una es la divina Revelación, pero las lecturas humanas son muchas. La palabra «**ortodoxia**» no surgió en el siglo III para distinguir una rama del cristianismo sino para identificar la fe recta y conservarla lejos de las desviaciones que las herejías ocasionaban. *Herejía* es la trascripción del vocablo griego «αἵρεσις», cuya raíz significa selección o deducción; porque estas corrientes, si bien citaban la Biblia y la Tradición, seleccionaban ciertas verdades sin tomar en cuenta otras. (Por ejemplo, Arrio, cuya herejía la Iglesia condenó en el 1er. Concilio Ecuménico (325), se apoyaba en los pasajes que mostraban que Cristo era un hombre e ignoraba los que hablaban de su divinidad y, en consecuencia, incluyó a Cristo, el Hijo de Dios, entre lo creado). En este sentido la herejía es la selección de la totalidad de la revelación, selección de la **Catolicidad** de la Palabra.

La unión entre los cristianos no se llevará a cabo despojándonos de los dogmas sino transformando y expresándolos en una vida **Evangélica**, vida sobre

cuyas líneas Dios revela su Palabra por la tinta del Espíritu Santo.

Ortodoxia, Catolicidad, Evangelización: estos términos forman nuestro camino a la unidad ante el ateísmo de la indiferencia. La fe ha de convertirnos de unos cristianos apáticos y superficiales en «embajadores de Cristo» en este mundo (2Cor 5:20). Amén.



Pentecostés

He aquí a los discípulos reunidos en Jerusalén, tal como lo había mandado el Señor el día de su Ascensión: «que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la promesa del Padre» (Hch 1:4).



«Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar.» Pentecostés es el nombre de la fiesta judía –cincuenta días después de Pascua (la palabra es de origen griego y forma un derivado del número «cincuenta»)– en la cual recordaban la entrega de los diez mandamientos a Moisés y también la renovación del templo de Jerusalén en el tercer siglo antes de Cristo. Eso explica la presencia de muchos judíos de todas las naciones en la Ciudad, que darían crédito del acontecimiento divino: «Había en Jerusalén judíos, hombres piadosos que allí residían, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo.»

Entonces, en aquel Pentecostés, los apóstoles estaban reunidos esperando la promesa.

Seguramente se encontraban en la misma estancia superior en la que comieron la Pascua con Cristo. En el icono de la fiesta se ve atrás de ellos un edificio elegante que adorna la escena, mas el acontecimiento no ocurre adentro, el lugar no lo contiene; la reunión de los apóstoles está por encima del tiempo y del espacio, y lo que celebramos hoy no es solo un evento que aconteció en aquel Pentecostés sino la realidad de que, a partir de ese día, la Iglesia vive un Pentecostés constante: el descenso del Espíritu Santo sobre los fieles. Él, Quien les otorga la potestad y la posibilidad de llamar a Dios «Abba, Padre» (Gal 4:6); sin Él «nadie puede decir ¡Jesús es el Señor!» (1Cor 12:3), ya que Él, como Jesús nos ha prometido, «os lo enseñará todo y os recordará todo lo que Yo os he dicho» (Jn 14:26).

«De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban»; viento, ruido y fuego siempre han sido señales de la presencia de Dios: el Espíritu Santo que desciende sobre los apóstoles es Dios, es la tercera Persona de la Santísima Trinidad, a Quien anunciamos en el Credo que «con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado».

«Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos.» El icono ilustra las lenguas surgidas de la misma fuente. El mismo Espíritu Santo desciende sobre los reunidos y sobre cada uno de ellos

personalmente; se les otorga como un don personal que, aunque obra en ellos a través de diferentes carismas, les une en la fe común, a fin de que formen los miembros diversos pero del mismo cuerpo místico, la Iglesia, cuya Cabeza es el Señor: «Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo» (1Cor 12:4). Y el bautizado, a su vez, al ser ungido con el santo Crisma, recibe su propio *Pentecostés*: «el sello del don del Espíritu Santo», como exclama el sacerdote mientras sella el cuerpo del ya *discípulo* con la Unción.

En el icono, los apóstoles que se presentan son, del lado derecho: Pablo, Juan, Lucas, Andrés, Bartolomé y Felipe; y de lado izquierdo: Pedro, Mateo, Marcos, Santiago, Simón y Tomas. Esta presentación, y en el orden mismo, es la que podemos observar en los iconostasios de todos los templos ortodoxos. Nótese que hay tres apóstoles que realmente no forman parte del grupo de los Doce: Pablo, Lucas y Marcos; la importancia de su obra en la Iglesia hizo necesario que se contaran entre los apóstoles en el recuadro de Pentecostés. El iconógrafo, como un teólogo, expresa el significado de «apóstol» en un sentido más amplio pasando por alto la restricción literal del concepto. Pablo es el apóstol de las naciones, y Marcos y Lucas son dos de los cuatro Evangelistas cuya labor ha sido fundamental en la difusión y conservación de la fe.

El icono también ilustra un detalle expresivo: el rey coronado que representa a las naciones, el cosmos

que espera «el Don del Espíritu Santo»; encarcelado en una cueva oscura, que todavía no ha sido iluminado con la Luz de Cristo; un viejo cansado que lleva sobre sí el pecado del hombre caído; rehén del jefe de este mundo, Satanás; humilde y tranquilo, que lleva un lienzo con doce manuscritos que simbolizan las voces de los apóstoles. En pocas palabras, el icono nos ilustra dos planes: el del mundo nuevo, el universo divinizado y ardiente por el fuego divino; y el del rey recluido en su oscuridad, no le satisfacen las joyas de este mundo que lo adornan sino que espera la Luz y anhela la lluvia que viene del cielo e inunda con gracia abundante la tierra sedienta.

La lucha del cristiano es *brincar* del encerramiento de su mundo inferior a la «estancia superior», donde la flama del Espíritu Santo encenderá su corazón, quemando las espinas del pecado e iluminando todo su ser.



La postración

Hoy, domingo de Pentecostés, después de la Divina Liturgia, participaremos en *el Servicio de la Postración*. Doblamos las rodillas ante el Espíritu Santo que descende sobre los Apóstoles y sobre toda la Iglesia reunida. ¿Qué es lo que ofrecemos al hacerlo?

Pentecostés era una fiesta judía en la que se conmemoraba la entrega de las Tablas de los Mandamientos a Moisés en el monte Sinaí. Una comparación simple entre lo que pasó en el santo Monte y lo sucedido en la *estancia superior* de Pentecostés (como lo describe *Hechos de los Apóstoles*) revela la similitud entre los dos eventos:

Dios que descendió en el monte Sinaí es el mismísimo (el Espíritu Santo) que baja hoy sobre los discípulos. Allí se escuchó un trueno y aquí el mismo sonido. En el monte hubo fuego, y en Jerusalén también el Espíritu Santo apareció en forma de lenguas de fuego.

Cuando se escuchó el trueno y el Señor descendió con fuego, el pueblo no se acercó al Monte como reacción al hecho temible. Ahora que descende el Espíritu Santo, nosotros inclinamos la cabeza y nos postramos, y nuestra inclinación ante Él tiene un

significado muy profundo. La ley que recibimos no es de letras en tablas sino el Espíritu de Dios; y el Espíritu de Dios no descende más que sobre aquellos que se prosternan. Lo que ofrecemos al arrodillarnos es nuestro arrepentimiento y disposición. La postración significa disponer nuestros corazones para que el Espíritu obre en ellos.

No se trata, entonces, de recordar un evento que tuvo lugar en un tiempo pasado sino de renovar la vocación que asumamos en nuestro Pentecostés personal: en el Bautismo hemos recibido el don del Espíritu Santo volviéndonos apóstoles.

Mas Él como misericordioso no forza nuestra libertad, y nos pide siempre correspondencia y consentimiento, lo que nosotros hoy expresamos en postración ante Él y exclamamos: «Ven a habitar en nosotros, purifícanos de toda mancha y salva, Tú que eres bueno, nuestras almas.» Amén.



**Homilías sobre
Fiestas fijas**

La señal de la cruz

El día 14 de septiembre, festejamos la Exaltación de la santa Cruz, cuando santa Helena (330 d.C.), la madre del rey Constantino, encontró en Jerusalén el precioso Madero de la Cruz sobre el cual nuestro Señor Jesucristo fue crucificado.

Cualquier persona que entre en un templo ortodoxo advertirá la importancia de la señal de la cruz en nuestro culto. ¿Cuándo nos persignamos y por qué?

Nos persignamos como una acción de gracias y diciendo: «¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!» Nos persignamos cuando comemos; cuando nos despertamos y antes de dormir; cuando salimos de la casa y cuando volvemos; antes y después de estudiar. La señal de la cruz acompaña todo nuestro día y todas nuestras acciones bendiciéndolas, santificándolas y purificándolas. También nos persignamos durante los servicios litúrgicos. En la ceremonia del Matrimonio, hacemos la señal de la cruz con las coronas sobre las cabezas de los novios. La bendición final de la Divina Liturgia es dada con la señal de la cruz y

todos los elementos litúrgicos tales como el agua y el vino son bendecidos con esta señal.

En pocas palabras, persignarse es invocar la Gracia divina sobre las personas y los objetos. La señal es aquella luz que precede al trueno de la Gracia divina y a la presencia de su poder.

La señal de la cruz es también un golpe en contra de nuestro hombre viejo y un respiro para el hombre nuevo en Cristo Jesús; nos trae un gran cambio que la gracia divina otorga según se lo pedimos a través de este símbolo de la victoria.

En Cristo, la cruz pasó de ser un instrumento de muerte vergonzosa a símbolo de la victoria de nuestro Señor sobre la muerte: el emblema de nuestra Salvación. A aquellos desorientados que nos acusan de honrar «el arma que mató al Maestro», les aconsejamos que, con obediencia y lealtad, lean bien la fuente de nuestra fe, pues la Tradición de la Iglesia jamás inventa algo nuevo, sino que es como un anciano sabio que renueva siempre su juventud alimentándose por la Verdad evangélica que es «ayer como hoy y para siempre.» (Heb 13:8).

Que lean a san Pablo cuando dice:

«¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo!» (Gal 6:14).

«La predicación de la cruz es una necesidad para los que se pierden; mas para los que se salvan –para nosotros– es fuerza de Dios.» (1Cor 1:18).

«Nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necesidad para los griegos.» (1Cor 1:23).

El mismo Señor advierte: «El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí.» (Mt 10:38).

Tengamos confianza en nuestra fe auténtica: nosotros, que veneramos la Cruz de Cristo debidamente, seguimos los pasos de san Pablo y de los Santos de Dios que son los verdaderos *testigos* del Señor, que sellaron su testimonio, no con falsedades e historias modificables, sino con su sangre imitando al Maestro: el verdadero Dios.

«Ante tu Cruz, oh Señor, nos prosternamos; y tu santa Resurrección glorificamos.»



25 de diciembre
Fiesta de Navidad
Mt 2: 1-12

Dios está con nosotros

La Natividad del Señor es una de las fiestas más importantes de la Iglesia, por lo que se le prepara con el ayuno durante cuarenta días, y desde hace casi un mes se empieza a cantar el Condaquio navideño que dice: «Hoy la Virgen viene a dar a luz [...] al sempiterno verbo.»

¿Por qué el «Hoy» de este himno si, cuando lo cantábamos, ni siquiera estábamos en el día del 25?

La fiesta de Navidad es mucho más que un recuerdo de un acontecimiento que tuvo lugar desde hace más de 2000 años –como si se festejara el descubrimiento de América o la independencia de México–, es decir, es más que un día célebre del calendario humano. Es el Día desde el cual miramos a toda la historia; y si bien pertenece al pasado, se extiende a lo largo del presente: «Dios **está** con y entre nosotros».

Todo lo anterior añoraba este día de «Hoy»; pues, la historia del Antiguo Testamento es el desarrollo de un diálogo entre la intervención de Dios en su creación, y la reacción del hombre ante dicha intervención. Dios hablaba a través de sus profetas, milagros y maravillas preparando la creación para tal día; y la Virgen es el fruto de toda esta

preparación; como dice san Pablo en la carta que leemos el día de la fiesta: «Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Gal 4:4). Es el momento desde el cual vivimos, los cristianos, no en la era d.C. (después de Cristo) sino la era «en Cristo.»

Dios ha encarnado, a saber, «se hizo carne y puso su morada entre nosotros» (Jn 1:14); Aquél a quien los antiguos buscaban con inquietud, se nos ha revelado realizando la Profecía de Isaías: «¡He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán de nombre Emmanuel que significa “Dios con nosotros”!»

Dios está con nosotros: ¡qué vergüenza, si seguimos buscándolo entre las ruinas de Egipto o los tesoros del Faraón!

¡Dios está entre nosotros, y nosotros andamos consultando filosofías e ideologías para saber si existe!

¡Dios está entre nosotros, y hemos aquí actuando como si la vida estuviera en el poder y en el dominio, mientras la tierra se agitó y el sol ocultó su luz al ver al Señor en su gloria!

«Hoy la Virgen Viene a dar a luz [...] al sempiterno Verbo»: confesamos que todos los tesoros, filosofías, ideologías y poderes ya son inútiles si no nos hacen prosternarnos ante Él, con los magos, con los pastores y los Ángeles que festejaban aquel día.

Que nuestros ojos lo vean, que nuestros oídos escuchen sus palabras; tanto con nosotros está al grado que lo comemos y lo asimilamos a fin de que, conforme a las palabras de san Pablo, en Él vivamos y nos movamos y existamos (Hch 17:28). Sólo así será nuestra vida «Noche Buena», Pero si el Bondadoso es ausentado de nuestras fiestas, la bondad será exclusiva del nombre nada más.

Que el Señor nos haga dignos de la alegría verdadera de su Nacimiento. Amén.



¡Próspero Año Nuevo!

Al inicio de cada año, nos encontramos para felicitarnos unos a otros diciendo: «¡Próspero año nuevo!», y muchas veces pasa el año sin sentir novedad alguna, pues se parece en todo a los anteriores: tuvimos momentos tanto de alegría como de tristeza; de hambre, y comimos; había algunos ricos y otros pobres; unos murieron y otros nacieron. Y sacamos la conclusión de que «nada nuevo hay bajo el sol» (Ecl 1:9).

Entre tanto, leemos lo que san Pablo escribe a los corintios: «Todas las cosas son hechas nuevas» (2Cor 5:17). El Señor mismo nos dice en el Libro del Apocalipsis: «He aquí, yo hago nuevas todas las cosas» (Ap 21:5). ¿En que consiste esta novedad?

Un día preguntaron a un monje acerca de cómo se protegía a sí mismo del fracaso. Él contestó que cada día, al levantarse, se decía: «Éste es mi primer día de monje.»

Pues, la novedad no surge del ambiente exterior, ya que «nada nuevo hay bajo el sol», sino de nuestra visión hacia el mundo que nos rodea. En Cristo «todo es nuevo» porque los sentidos y las preguntas cambian:

Sobre la felicidad: ¿cómo descanso?, se cambia por ¿para quién y con qué fin me canso?

Sobre el dinero: ¿cómo lo aumento en la bolsa?, a ¿en qué lo estoy gastando?

Frente a la muerte: ¿cómo alejo a este desconocido?, a ¿cómo me he preparado para enfrentar a este vencido?

Preguntarme de tal manera no es sino el arrepentimiento, «el bautismo de las lágrimas» que me devuelve, como le hacía al mencionado monje, a mi primer día de ser cristiano, a mi bautismo donde, revestido de Cristo, me he vuelto «la nueva creación.»



La divina Manifestación

El día 6 de enero, la Iglesia celebra el Bautismo de nuestro Señor Jesucristo en el Río Jordán por las manos de Juan el Bautista. A esta fiesta se le llama Epifanía o Teofanía, palabra griega que significa la Divina Manifestación. Es la manifestación de Dios, Trino y Uno, ante los hombres como lo ilustra el Tropario: «Al bautizarte, oh Señor, en el Jordán se manifestó la adoración a **la Trinidad**; pues la voz **del Padre** dio testimonio de Ti nombrándote su «**Hijo** amado»; y el **Espíritu**, en forma de paloma, confirmó la certeza de la palabra [...]»

El hombre habría sido incapaz de conocer a Dios si Él mismo no se le hubiera revelado. Pero Dios, por su infinito amor, aceptó ser como nosotros para que «el Igual atrajera a su igual» (Acatisto, Estrofa XVIII). En el cristianismo, el conocimiento de Dios nos ha sido otorgado por Gracia, por Revelación.

Hasta el siglo IV, el Nacimiento de Cristo y su Bautismo se celebraban juntos en este mismo día (tradición que sigue vigente en la Iglesia Armenia). En la Navidad se ha realizado la Presencia de Dios entre los hombres, y en el Bautismo, dicha Presencia fue anunciada y manifiesta ante toda la creación. La adherencia entre las dos celebraciones

nos confirma en la fe ortodoxa que refuta rotundamente la desviación de algunos que hablan de que Jesús recibió la Divinidad en el Bautismo. Pues Cristo, desde el seno virginal, es el Hijo, la segunda Persona de la Trinidad, perfecto Dios y perfecto Hombre; eso es lo que el Arcángel anunció a María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será Santo y será llamado **Hijo de Dios**.» (Lc 1:35). Entonces, si la Navidad presenta el Nacimiento de Cristo de la Virgen en el cuerpo, el Bautismo anuncia su Nacimiento sempiterno del Padre.

Los cantos y el icono de la Fiesta ilustran la alegría universal: Los ángeles están sorprendidos, y los cielos inclinados, porque donde esté el Señor, allá el cielo estará; Juan coloca su mano sobre la cabeza de Cristo con temor y devoción como si estuviera diciendo: «¿Cómo bautizarle a Quien, de la nada, hizo la creación entera?»; Cristo, sumergido en las aguas del Jordán, pisotea «las cabezas de las hidras anidadas en ellas». Mientras el mar, después de la caída, se volvió símbolo de la corrupción y lugar dominado por los poderes de la oscuridad, Cristo lo bendice devolviendo a la naturaleza su función original: morada de la presencia de Dios. Desnudo en el agua está el Nuevo Adán, en Quien el Padre se complace; es el Hijo amado no nada más en referencia a que el Padre lo ama, sino que Él también ama al Padre «hasta la muerte, y muerte de cruz» (Flp 2:8)

Según este *Prototipo*, nosotros también hemos sido sumergidos en el agua bautismal, muriendo al pecado, luego arrancados de ella para participar de la vida del nuevo Adán que ama a Dios y bendice todo lo que encuentra devolviéndole su primer destino: lugar de la Presencia del Señor.



6 de enero
Fiesta de Epifanía
Mt 3: 13-17

El Bautismo de Jesús y el nuestro

La Epifanía, fiesta del Bautismo del Señor por las manos de Juan el Bautista en el Río Jordán, es una de las celebraciones más antiguas y más importantes de la Iglesia. Basta resaltar que, mientras únicamente san Mateo y san Lucas describieron detalles del Nacimiento de Jesús, los cuatro Evangelios relatan el acontecimiento del Bautismo.

En realidad, el nombre de Epifanía o Teofanía (Divina Manifestación) se debe a las dos siguientes razones:

Primero, la manifestación de Dios, Trino y Uno, al hombre: el Hijo es bautizado, el Padre anuncia el nacimiento eterno del «Hijo amado», y el Espíritu Santo en forma de paloma lo confirma con su Presencia (Tropario de la fiesta).

Segundo, la manifestación del hombre ante Dios: Cristo es «el Hijo del hombre»; su obediencia, humildad y amor forman el icono del Hombre en quien Dios Padre «se complace». Cuando Jesús llegó donde Juan y le pidió que le bautizara, en un principio Juan resistió: «Soy yo el que necesita ser bautizado por Ti.» Pero Jesús le insistió: «Conviene

que así cumplamos toda justicia». Con ello no se refería a que su justicia antes del Bautismo era mengua sino a que en éste se mostraría la justicia perfecta, no en el sentido legal de la palabra, más bien, en su sentido bíblico: la justicia de Dios es su amor y misericordia, y la justicia del hombre es su santidad. Entonces el bautismo de Cristo lo anuncia como el cumplimiento y la perfección de la justicia procurada: la santidad.

Tomando en cuenta lo anterior, comprendemos qué es nuestro Bautismo: es la participación de la vida del Hijo, recibir en nuestro ser al Espíritu a través del Santo Crisma, Quien exclama en nosotros: «Abbá, oh Padre» (Gal 4:6), confirmando nuestra vocación de ser «hijos amados en quienes Dios se complace».

Pero, la mayoría de las veces, ensuciamos la túnica bautismal con el olvido, negligencia y tibieza. Sin embargo, los Padres de la Iglesia –considerando que el Bautismo es único e irrepetible– hablan alegóricamente del «bautismo de las lágrimas»: la penitencia como un modo de vivir constante, que devuelve al alma su dignidad y a la túnica su brillo original.

El recuerdo del Bautismo de Señor, la bendición del agua, la unción y la aspersión de las casas y pertenencias con ella nos estimulan a la penitencia, sin la cual todo se hubiera tornado un ritual insignificante o, más aún, una acción de estilo mágico.

Al inicio de este año rociamos nuestro mundo con el agua bendita, y con ella abrimos nuestra vida a la acción de la Gracia de Dios que, conforme a las palabras de san Pablo en la carta que leemos el día de la fiesta, «nos educa en que vivamos con castidad, justicia y piedad en el siglo presente» (Tit 2:12). Amén.



Luz de Tabor

Este acontecimiento extraordinario es relatado por los tres evangelistas sinópticos relacionándolo con el anuncio que el Señor hizo sobre su próxima Pasión. Jesús eligió a Pedro, Santiago y Juan, sus más cercanos y excelentes discípulos, quienes estuvieron con Él en los momentos más solemnes e importantes de su vida terrenal.

Y los lleva aparte a un monte alto. Los evangelistas no mencionan el nombre de este monte; sin embargo, las antiguas tradiciones cristianas, a partir del Siglo III, testimonian que se trata del monte Tabor, situado en Galilea, al sur de Nazaret, con una elevación de 560 metros de altura. Algunos exégetas prefieren considerar que es el monte Hermón, en el sur de Líbano; eso cuadra mejor con el contexto bíblico, porque el evangelista Mateo nos cuenta que, previamente al acontecimiento, *Jesús llegó a la Cesarea de Filipo* (Mt 16:13), que está cerca del Hermón. Además, decir *monte alto* concuerda más con el Hermón que con el Tabor.

En el icono de la Transfiguración, Cristo resplandece como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz, alumbrando también todo su

alrededor: el monte y la naturaleza entera reflejan esta luz adquiriendo un color dorado en vez del color natural de la tierra, porque la creación espera «ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rom 7:21). Elías y Moisés –ilustrados hábil y simbólicamente en un tamaño menor al del Señor– se inclinan ante Él: Elías señala con su mano que Cristo es el cumplimiento de las profecías, y Moisés lleva las Tablas de la Ley y las inclina y dirige hacia el Creador: «La Ley fue dada por Moisés, pero la Gracia y la Verdad nos han llegado por Jesucristo» (Jn 1:17). Cristo bendice con su mano derecha, y con la izquierda lleva un pergamino que simboliza su misión salvífica: Él iba hacia la Pasión por su propia voluntad.

En contraste con la paz y devoción de la expresión de Elías y Moisés, los tres discípulos se cayeron por temor, y lo confirma el gesto de las sandalias caídas que, en el arte iconográfico, ilustra un temor grande. Juan y Santiago ni podían mirar hacia el Señor, su rostro muestra un asombro profundo; en cambio, Pedro (del lado izquierdo), con su carácter impulsivo y audaz, trata de asomarse detrás de la vestimenta con la que tapa su rostro, para expresarle al Señor su deleite y admiración por lo visto y su deseo para permanecer en este Reino todo el tiempo que se pueda, diciéndole: «Señor, bueno es estarnos aquí. Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías.» Cristo transfigurado no le contesta, sino que

la voz de Padre le dice: «Éste es mi Hijo amado, en Quien me complazco: escúchenlo.» Pues para gozar de la gloria y belleza del Reino se tiene que pasar a través de la escucha y la observación de la palabra del Hijo amado.

Dado que la iconografía no se preocupa por la secuencia histórica ya que su contenido es la eternidad, el iconógrafo suele presentar en el mismo cuadro la subida de Cristo con los discípulos al monte (de lado izquierdo), y también la bajada (de lado derecho) cuando les decía: «No cuenten a nadie lo que han visto, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.» San Pedro en su Segunda Carta –después de la Resurrección de nuestro Señor– da constancia de ello como testigo ocular: «Porque (Jesús) recibió de Dios Padre honor y gloria, cuando la sublime Gloria le dirigió esta voz: “Éste es mi Hijo amado en quien me complazco.” Nosotros mismos escuchamos esta voz, venida del cielo, estando con Él en el monte santo» (2Pe 1:17-18).

Pedro, siempre en su Segunda Carta, incita a los fieles a que vivan y gocen de la misma experiencia: «para que os hicierais partícipes de la naturaleza divina» (2Pe 1:4). La Luz de Tabor, a lo largo de la cristiandad recta, ha envuelto a los «puros del corazón», a los amigos de Dios, con el conocimiento divino, no teórico y racional sino verdadero y convivencial; esta Luz no es sino Dios mismo, quien «ha brillado en nuestros corazones –dice san Pablo–, para iluminación del conocimiento de

la gloria de Dios, en la faz de Jesucristo»* (2Cor 4:6). San Gregorio Palamás (Siglo XIV), como otro testigo ocular, defendió esta postura bíblica y *ortodoxa**: la lucha cristiana (oración, ayuno, vida sacramental, virtud, humildad, penitencia...) procura la purificación que abre el corazón a la Gracia, Luz divina, que transforma el cuerpo en templo del Espíritu Santo, y traslada al hombre a las alturas de Tabor.



* traducción propia del versículo

* Consúltese la homilía *San Gregorio Palamás*, Pág. 110

PRESENCIA Y LUZ

Homilias en templo ortodoxo

Índice

Presentación:	7
Preámbulo:	13

Homilias sobre el Evangelio según San Mateo:

Domingo:	Contenido:	Homilía:	Página:
1°. de S. Mateo	Domingo de Todos los Santos	Alas de Santidad	17
3°. de S. Mateo	Sermón de la Montaña	Anhelos puros, vida iluminada	21
3°. de S. Mateo	Sermón de la Montaña	No negligencia sino atención	24
4°. de S. Mateo	Curación del criado del centurión	Humildad y confianza	26
5°. de S. Mateo	Curación de los dos endemoniados	¿A cuál reino pertenecemos?	28
6°. de S. Mateo	Curación del paralítico	¡Tus pecados te son perdonados!	31
7°. de S. Mateo	Curación de los dos ciegos	El milagro: ¿regla o excepción?	34
8°. de S. Mateo	Multipliación de los panes	Eucaristía	37
9°. de S. Mateo	Cristo camina sobre el agua	Fe dinámica	41
11°. de S. Mateo	Parábola del siervo injusto	¡Perdona nuestras deudas!	41

14°. de S. Mateo	Parábola de la boda	El atuendo apropiado	46
17°. de S. Mateo	Curación de la hija de la cananea	La humildad: pilar de la fe	48

Homilias sobre el Evangelio según San Lucas:

Domingo:	Contenido:	Homilía:	Página:
1°. de S. Lucas	La pesca milagrosa	Reclamos de la pesca milagrosa	53
1°. de S. Lucas	La pesca milagrosa	La fe del pescador y del apóstol	56
2°. de S. Lucas	Amor a los enemigos	Los colores del amor	58
2°. de S. Lucas	Amor a los enemigos	La ley de oro	60
4°. de S. Lucas	Parábola del Sembrador	La tierra buena	62
5°. de S. Lucas	Parábola del rico y Lázaro	Necesitado y bienhechor	65
6°. de S. Lucas	Curación del endemoniado	El pensamiento de Cristo	68
9°. de S. Lucas	Parábola del rico necio	El Paraíso: ¿verdad o ilusión?	71
10°. de S. Lucas	Curación de la mujer encorvada	El día del descanso	74
11°. de S. Lucas	Parábola de los invitados a la cena	¡Sed o tibieza! ¡Excusas o motivos!	77
13°. de S. Lucas	El joven rico	Dura es la palabra de Dios	80
14°. de S. Lucas	Curación del ciego de Jericó	¡Señor, ten piedad!	83
15°. de S. Lucas	La conversión de Zaqueo	Elementos de conversión	85

Homilias de la temporada cuaresmal (Triodario):

Domingo:	Contenido:	Homilía:	Página:
1º. preparatorio a la Cuaresma	Parábola del Fariseo y el Publicano	Humildad y justicia	89
2º. preparatorio	Parábola del Hijo Pródigo	Eucaristía de penitencia	92
2º. preparatorio	Parábola del Hijo Pródigo	Ejemplo de penitencia	94
3º. preparatorio	Recuerdo del Juicio Final	La báscula del juicio	96
4º. preparatorio	Domingo del Perdón	La expulsión de Adán	98
4º. preparatorio	Domingo del Perdón	Mañana ayunamos	100
1º. De Cuaresma	Domingo de la Ortodoxia	La visión de Dios	103
1º. De Cuaresma	Domingo de la Ortodoxia	¡Ven y verás!	106
2º. De Cuaresma	Domingo de San Gregorio Palamás	San Gregorio Palamás	110
3º. De Cuaresma	La Postración ante la Santa Cruz	«Tome su cruz» y «sígueme»	113
4º. De Cuaresma	Domingo de San Juan Clímaco	El poder de la fe	116
4º. De Cuaresma	Domingo de San Juan Clímaco	Iglesia: proceso de sanación	119
5º. De Cuaresma	Domingo de Santa María Egípcíaca	Satisfacción o Cruz	122
5º. De Cuaresma	Domingo de Santa María Egípcíaca	El grande será servidor	126
Dom. de Ramos	La Entrada a Jerusalén	El Rey de la gloria	128
Dom. de Ramos	La Entrada a Jerusalén	«¡Hosanna!» o «¡Crucifícalo!»	131

Homilias de la temporada pascual (Pentecostario):

Domingo:	Contenido:	Homilía:	Página:
DOMINGO DE PASCUA		¿Quién nos rodará la piedra?	135
1º. de Pascua	Domingo de Santo Tomás	Domingo Nuevo	138
1º. de Pascua	Domingo de Santo Tomás	Creer para ver	140
2º. de Pascua	Domingo de las Mirroforas	La valentía: indicio de amor	143
3º. de Pascua	El paralítico de Betesda	El paralítico de Betesda	146
4º. de Pascua	Charla con la samaritana	Desde el poso hasta el martirio	149
5º. de Pascua	La curación del ciego	Luz que ilumina a todos	152
5º. de Pascua	La curación del ciego	Las obras de Dios	155
JUEVES DE ASCENSIÓN		El icono de la Divina Ascensión	157
6º. de Pascua	Recuerdo del 1er. Concilio Ecuménico	Concilio: camino real	160
6º. de Pascua	Recuerdo del 1er. Concilio Ecuménico	La unidad en Cristo	163
6º. de Pascua	Recuerdo del 1er. Concilio Ecuménico	La revelación cristiana	166
DOMINGO DE PENTECOSTÉS		Pentecostés	169
DOMINGO DE PENTECOSTÉS		La postración	173

Homilías sobre fiestas fijas:

Fecha:	Fiesta:	Homilía:	Página:
14 de septiembre	Exaltación de la Santa Cruz	La señal de la cruz	177
25 de diciembre	Navidad	Dios está con nosotros	180
1 de enero	Año nuevo	¡Próspero año nuevo!	183
6 de enero	Epifanía	La divina Manifestación	185
6 de enero	Epifanía	El Bautismo de Jesús y el nuestro	188
6 de agosto	D. Transfiguración	Luz de Tabor	191
Índice:			195